

EL ARCA: ARTEMISA 1



IAN KAPLOP

El Arca de Artemisa I

Ian Kaplop

Índice

Índice.....	2
Capítulo 1: Despertar.....	3
Capítulo 2: El Director.....	18
Capítulo 3: Respuestas.....	31
Capítulo 4: Determinación.....	41
Capítulo 5: Acciones.....	65
Capítulo 6: Sacrificios.....	81
Capítulo 7: Lucha.....	96
Epílogo.....	107

Fecha Impresión: 01 de Marzo de 2026

Versión R.3

Capítulo 1: Despertar

La nada dio paso a sensaciones. Todo comenzó con un zumbido tenue y constante que envolvía el lugar, como un eco distante dentro de una cáscara vacía. Los cuerpos, sumergidos en un líquido espeso y tibio, reaccionaban como si despertaran de un sueño interminable. Primero llegó el tacto, una leve presión en los dedos, seguidos del frío metálico del borde de las cápsulas. Luego el oído, captando un suave rumor mecánico mientras se retiraba la compuerta a la vez que finalizaba el drenaje del cilindro.

Los párpados, aún pesados, se abrieron lentamente. La luz del laboratorio, tenue y fría, distorsionaba las formas, creando sombras alargadas y figuras borrosas que flotaban en la penumbra. Frente a ellos, las líneas estériles del laboratorio se alzaban, frías, desconcertantes. El líquido viscoso se deslizaba por sus cuerpos casi desnudos, dejando una sensación pegajosa y fría cuando el aire de la sala les golpeaba la piel. El olor a desinfectante flotaba en el ambiente, mezclado con un leve toque metálico que parecía indicar que el lugar llevaba mucho tiempo desocupado.

Un sonido suave marcó la apertura de una de las cápsulas. En su exterior, una placa grabada rezaba: CARLOS DUQUE. El primero en moverse salió tambaleante, sus pies descalzos tocando el suelo frío con un estremecimiento. Tenía la piel clara y tersa, su

cuerpo delgado pero claramente definido, y su cabello castaño oscuro caía desordenado sobre su frente, dejando ver leves entradas. Sus ojos, azul pálido, recorrieron el lugar con una mirada calculadora, como si intentara descomponer cada detalle del entorno. Con movimientos lentos, se llevó la mano a la muñeca, ajustando su pulso nervioso como si buscara consuelo en el gesto.

Cerca de él, otra figura comenzó a incorporarse con mayor agilidad, saliendo de una cápsula marcada ISABEL MANCUSO. Su piel oscura contrastaba con la luz fría del laboratorio, mientras su cabello corto y rizado se despeinaba ligeramente al pasar una mano rápida por él. Era más baja, pero su cuerpo atlético mostraba fuerza contenida. Sus ojos café se movían de un lado a otro, evaluando el entorno con precisión, y su respiración profunda pero controlada sugería una mente siempre alerta.

No muy lejos, una cápsula con la placa ANÍBAL COOPER cedió con un gruñido mecánico. La figura que salió de ella era corpulenta y robusta; su cabello pelirrojo, un revoltijo de rizos, enmarcaba un rostro cubierto de pecas y cejas fruncidas. Era el más alto y musculoso del grupo, con hombros anchos que parecían demasiado grandes para el espacio cerrado. Frotó sus sienes con fuerza, sus ojos azules explorando el laboratorio con una expresión de frustración mal disimulada.

Por último, la cápsula de WENJIE YUKI se abrió con un susurro. La figura que salió tenía el cabello negro y liso, que recogió en una coleta con precisión, dejando al descubierto un rostro de facciones afiladas y casi etéreas. Su complexión esbelta le daba una apariencia ligera, pero sus movimientos revelaban control y fuerza. Sus ojos oscuros y rasgados examinaron el laboratorio con una calma tensa, mientras sus dedos se movían inconscientemente en el aire, como si escribiera algo invisible.

Había diez cápsulas en total. La primera, la más cercana a la puerta, estaba vacía desde hacía mucho tiempo. Cuatro, incluidas las suyas, revelaban cuerpos que acababan de despertar, mientras las cinco restantes, en el extremo más oscuro del laboratorio, permanecían cerradas, sin signos de haber sido usadas. Todos se observaron en silencio, sus miradas cruzándose, evaluándose sin decir una palabra. El aire, denso y cargado, parecía volverse más pesado a cada segundo, mientras el eco de sus respiraciones llenaba el vacío del laboratorio. Algo en ese despertar no parecía estar bien, y la sensación de inquietud crecía con el silencio.

Isabel intentó hablar pero su voz se trabó por un momento. Al segundo intento pudo pronunciar:

—¿Dónde está el personal?

Su voz, en aquella sala demasiado grande para solo diez cápsulas, resonó.

No hubo respuesta y el silencio volvió a apoderarse del lugar. Les costaba hablar. Aníbal carraspeaba. Los cuatro apenas vestían shorts negros ajustados; ellas, además, tops deportivos del mismo color. Comenzaron a moverse con mayor seguridad, mientras se acostumbraban a sus jóvenes cuerpos, pese a que la sensación de extrañeza seguía adherida a sus pieles como el líquido viscoso que poco a poco se evaporaba.

De repente, el sonido de un suave zumbido resonó desde el extremo de la sala. Una puerta lateral, oculta en las sombras, se deslizó hacia un lado con un susurro mecánico. Por ella entró un androide de metal pulido, su cuerpo esbelto y ligeramente antropomórfico, con movimientos demasiado precisos, casi bruscos, como si su programación estuviera calculando el tiempo a la perfección. Sin embargo, algo en su actitud transmitía una urgencia que resultaba extraña para una máquina. Era como si estuviera nervioso.

—Les he despertado antes de lo previsto —dijo. Su voz artificial sonaba suave, pero había un tono apremiante, casi desesperado—. No hay tiempo. Mi identificación es A05. Han sido incubados para esta colonia, Artemisa. Los androides de la Serie B están en camino. Debemos actuar antes de que lleguen.

Los cuatro lo miraron en silencio, el desconcierto reflejado en sus rostros. La calma tensa del laboratorio se había roto con su aparición, y una nueva corriente de inquietud se instaló en el aire.

—¿Qué está pasando? —preguntó Carlos, su voz baja y controlada, aunque en su mirada había un destello de desconfianza. Mantuvo los brazos cruzados, como si quisiera protegerse o evitar hacer algún movimiento impulsivo.

A05 dio un paso hacia ellos, su estructura metálica brillando débilmente bajo la luz fría del laboratorio.

—Su despertar no ha sido autorizado. He actuado por cuenta propia —explicó el androide, sus ojos luminosos parpadearon con una luz tenue—. El Director Filoni los considera una amenaza. Si hubieran seguido dormidos, estarían bajo su control tan pronto llegaran los androides de la Serie B, y no sé si perderían la oportunidad de decidir.

—¿Filoni? —intervino Isabel, su tono firme, exigente—. ¿Por qué debemos creerte? No tenemos idea de quién eres, ni de lo que está pasando aquí.

El androide dudó por un segundo. O al menos, así lo parecía. Sus manos metálicas se movieron nerviosamente a los costados de su cuerpo, como si estuviera intentando encontrar la manera correcta de responder.

—Entiendo su desconfianza —dijo finalmente—. Mi protocolo está en conflicto, pero mi tiempo es limitado. Los androides de la Serie B han sido reprogramados y obedecen únicamente al Director. Eso va contra las directrices. Si llegan antes de que puedan actuar, estarán sin opciones. Vengo a darles opciones.

Aníbal frunció el ceño, sus labios apretados en una mueca de frustración.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó—. No me gusta esto.

Wenjie observaba con atención, sus dedos trazando movimientos suaves en el aire, como si ya estuviera planeando una estrategia.

A05 dio un paso atrás, su cabeza metálica girando hacia la puerta por la que había entrado, como si estuviera esperando que algo o alguien irrumpiera en cualquier momento.

—No tenemos tiempo —repitió—. Los androides B02 y B03 estarán aquí pronto. Puedo guiarlos a un lugar seguro. Después pueden decidir. Deben moverse ahora.

El silencio que siguió fue denso, cargado de indecisión. Las miradas de los cuatro se cruzaron de nuevo, cada uno con sus propios pensamientos. El reloj invisible

seguía avanzando, y las sombras en el laboratorio parecían hacerse más largas con cada segundo.

Wenjie detuvo sus manos y exclamó:

—Vamos —dedicando al androide una sonrisa.

El resto pareció contagiarse de su energía y, mecánicamente, comenzaron a seguirla. Aníbal bufó en silencio, su frustración aún palpable, pero al final cedió. Carlos frunció el ceño, pero cruzó los brazos con fuerza y comenzó a seguir al grupo, siempre alerta. Isabel caminaba con pasos firmes, sus ojos sin dejar de evaluar a A05, buscando algún fallo en sus intenciones.

A05, consciente de las miradas sobre él, avanzó rápido, sus movimientos precisos resonando en el suelo metálico con un leve eco. Los guió hacia una puerta lateral, silencioso y eficiente, como si cada segundo contara. Al abrirla, una pequeña sala oscura apareció ante ellos, apenas iluminada por la luz tenue que se filtraba desde el laboratorio. En una de las paredes había una rejilla metálica, lo suficientemente amplia para ver al otro lado sin ser vistos.

El grupo, escondido tras la rejilla, intercambió miradas de incredulidad. Wenjie abrió ligeramente los labios, pero no emitió ningún sonido. No hacía falta. La gravedad de lo que veían hablaba por sí sola. Los androides no debían estar armados.

Uno de los Serie B comenzó a inspeccionar las cápsulas con movimientos eficientes, su cabeza girando con precisión mientras escaneaba cada rincón del laboratorio. El otro se acercó a la puerta por donde había entrado A05, verificando los alrededores como si buscara algo... o alguien. A05 permanecía inmóvil, pero incluso en su quietud, su postura indicaba que estaba listo para moverse en cuanto fuera necesario.

Aníbal apretó los puños con fuerza, sus ojos fijos en las armas que colgaban de los androides. Por un segundo, pareció a punto de abalanzarse, pero una mirada de advertencia de Isabel lo detuvo. Ella movió la cabeza en silencio, instándole a que se controlara. A pesar de su desconfianza hacia A05, la situación era clara: estaban en peligro real.

Cuando los Serie B terminaron su inspección, intercambiaron una señal rápida entre ellos y se dirigieron de nuevo hacia la salida, sus pasos resonando mientras desaparecían por el mismo pasillo por donde habían venido. El silencio volvió a caer sobre la sala.

—No deberían estar armados —susurró Isabel—. Eso está en contra de los protocolos coloniales.

Los demás asintieron en silencio, asimilando la gravedad de lo que acababan de presenciar. Esto no

era solo un despertar prematuro; había algo mucho más siniestro en marcha.

A05 se volvió hacia ellos. Sus ojos brillaron brevemente con un destello apagado antes de hablar.

—El Director ha roto las directrices —dijo en un tono bajo, aunque claro—. Esto es solo el principio. Puedo sacarlos de aquí, pero no hay tiempo que perder.

Los cuatro intercambiaron una última mirada. Ya no había dudas, el peligro era real. Sin necesidad de palabras, todos parecieron llegar a la misma conclusión. Silenciosamente, asintieron y comenzaron a seguir a A05 hacia otro acceso, conscientes de que cualquier demora podría costarles más de lo que estaban dispuestos a arriesgar.

La transición desde el laboratorio al bloque residencial fue rápida y silenciosa. A05 guiaba a los cuatro por los pasillos oscuros y vacíos de la colonia, evitando con precisión cualquier ruta que pudiera cruzarse con los Serie B. El eco metálico de sus pasos se mezclaba con el zumbido lejano de los sistemas que aún seguían activos en la estructura, creando una atmósfera opresiva y tensa.

Finalmente, llegaron al bloque residencial, una sección aún a medio construir. Los edificios eran estructuras imponentes pero inacabadas, sus paredes de metal desnudo sin revestir y el suelo cubierto de polvo y

escombros. Algunos niveles estaban completamente abiertos, dejando que el viento del exterior arrastrara un aire húmedo y pesado. Las sombras parecían danzar en los rincones más oscuros, alimentando la sensación de incertidumbre.

A05 los llevó a un espacio oculto entre dos de las estructuras parcialmente levantadas. Era un escondite improvisado, pero el androide había dejado allí algunos suministros básicos: mantas, herramientas y un pequeño lote de raciones empaquetadas. Había suficiente para permitirles tomar un respiro, pero el aire tenso de la huida no se disipaba del todo.

Aníbal se adelantó al grupo y comenzó a inspeccionar el lugar. Su cuerpo corpulento se movía con una precisión sorprendente, evaluando las paredes y el suelo, los puños aún cerrados pero la mente claramente activa.

—Este lugar no está completo —gruñó mientras examinaba las estructuras a su alrededor—. Algunas de estas paredes ni siquiera están bien aseguradas. Podríamos usarlo para escapar si es necesario. No me gusta quedarme en un sitio que podría colapsar. Podría ser peor —añadió encogiéndose de hombros—, pero no mucho.

El grupo se asentó como pudo en el espacio reducido, mientras A05, siempre vigilante, se mantenía en la

entrada del escondite. Sus ojos luminosos se apagaban y encendían lentamente, como si estuviera procesando información.

—No se pueden emitir ondas de radio —les advirtió el androide con su tono suave pero urgente—. El uso de cualquier comunicación de radio fue restringido desde Babel, nuestra colonia madre, desde antes de que el Director despertara. Desconozco la razón, pero es importante.

»El Director Filoni desactivó casi todos los androides de la Serie A, de programación estándar, a medida que fabricaba y actualizaba los Serie B, bajo su supervisión única.

La gravedad de la situación parecía hundirles aún más en el silencio. Wenjie se inclinó hacia adelante, observando al androide con atención.

—¿Y qué sabes de su plan? —preguntó, sus dedos moviéndose instintivamente en el aire.

—Mi información es limitada —respondió A05, su voz apenas un susurro—. Filoni ha estado trabajando en una nave de escape a la que llama Lázaro. Solo Series B han participado en eso, pero todo apunta a que la está preparando para dejar Artemisa. Su objetivo no es salvar a la colonia, es salvarse a sí mismo.

—¿Salvarla? —preguntó Carlos—. ¿De qué?

—De lo mismo que destruyó Babel —sentenció el androide.

El grupo asimiló la información con cautela. Las piezas del rompecabezas aún estaban incompletas, pero la urgencia de escapar y el control que Filoni estaba imponiendo sobre la colonia eran más que evidentes.

Finalmente, cuando el silencio se volvió insoportable, Isabel se incorporó un poco más, tomando una respiración profunda antes de hablar.

—Vale —zanjó levantando una mano—. Paremos un momento. Hay mucho que decidir y no sé quiénes sois. Si vamos a salir de esto, más vale que sepamos con quién estamos —dijo, su tono sereno pero firme—. Me llamo Isabel. Soy bióloga. Y sí, estoy tan desconcertada como ustedes, pero lo que sea que Filoni esté planeando, no es bueno.

Sus palabras, aunque calmadas, resonaron en la sala con una intensidad que capturó la atención de todos.

Wenjie fue la siguiente en hablar. Se estiró, apoyando las manos en las rodillas mientras una sonrisa fugaz cruzaba su rostro, como si intentara aligerar la tensión palpable en la habitación.

—Wenjie Yuki —dijo con tono relajado—. Astrofísica. De la Tierra. He estudiado múltiples destinos posibles pero no conozco ni Babel ni Artemisa, y créanme, no tengo

idea de dónde estamos. —Hizo una pausa, observando a los demás—. Si de algo estoy segura es que estamos frente a algo mucho más grande que un simple despertar adelantado.

Aníbal soltó un bufido. Sus anchos hombros apenas encajaban en la pequeña silla de plástico que había encontrado. Se pasó una mano por el cabello pelirrojo antes de hablar.

—Aníbal Cooper. Ex-soldado. Y lo único que sé es que esto no me gusta ni un poco —dijo con franqueza, su voz grave resonando en la sala—. No me gustan los androides armados, ni tampoco los líderes que manipulan a espaldas de la gente. —Se cruzó de brazos, frunciendo el ceño—. No me interesa ser parte de otro plan fallido.

Carlos fue el último en intervenir. Se levantó despacio, su mirada recorriendo el espacio antes de hablar.

—Carlos Duque. Logística —dijo de manera simple, omitiendo cualquier detalle sobre su pasado—. Lo que me importa ahora es salir de aquí antes de que las cosas se compliquen más. ¿Habéis dicho que esta colonia se llama Artemisa? Es obvio que no se está desarrollando como debería. ¿Cuánto lleva Filoni alterando su desarrollo? Necesitamos información. Es lo único que nos dará una oportunidad.

Hubo un momento de silencio después de que Carlos hablara. Todos parecían estar evaluándose mutuamente, como si cada uno intentara medir el valor de los otros en una situación tan incierta.

Isabel retomó la palabra, dirigiendo su mirada firme hacia A05.

—Soy originaria de Babel —añadió—. Y si me despertaron a solo un salto, es porque algo grave está pasando, ¿verdad? —Sus ojos se afilaron un poco—. ¿Qué pasó en Babel?

El androide pareció dudar, su cabeza metálica se movió levemente antes de responder.

—Babel fue destruida. Algo llamado los Oscuros acabaron con la colonia. Recibimos una advertencia poco antes del ataque, y se estableció un plan de evacuación, pero desconozco los detalles exactos de lo que sucedió. Quizá puedan obtener más información accediendo a un terminal de la red interna.

La noticia cayó como un golpe. Aunque en términos absolutos hacía siglos que la joven había partido de Babel, para ella habían pasado unas pocas horas. Isabel apretó los labios.

—¿Y por qué nosotros? —interrumpió Carlos, su tono más directo—. Si Babel cayó y hay otros humanos en

esta Arca, ¿por qué nos despertaron a nosotros y no a otros?

A05 no respondió de inmediato. La luz tenue de sus ojos brilló un segundo, pero ninguna palabra salió de sus labios de metal.

—Fueron seleccionados —dijo sin emoción—. Escogidos por Babel, sin duda. Pero desconozco las razones.

Carlos frunció el ceño, frustrado. Sabía que el androide estaba ocultando algo, y no era el único que lo sentía. Pero antes de que alguien pudiera decir algo más, un sonido fuerte reverberó a través de la sala, haciendo que todos se tensaran.

Una voz metálica y fría se proyectó desde los altavoces que sonaban desde el exterior del patio.

Capítulo 2: El Director

—Por favor, contacten con el Director Isaac Filoni a la extensión 1 del Laboratorio usando cualquier terminal disponible. Es por su seguridad.

En el exterior, 2 androides con un altavoz recorrían la colonia, repitiendo el mensaje de forma automática. No entraron ni en su bloque ni en ningún otro edificio y tras unos minutos oyeron cómo se alejaban. Aníbal fue el primero en reaccionar, frunciendo el ceño mientras cerraba los puños.

—Esto apesta —gruñó, golpeando suavemente la pared metálica—. No confío en ese Filoni. Nos quiere encerrados.

—Es posible —respondió Isabel, sus ojos café evaluando el entorno—. Pero también necesitamos información. A05 ¿Dónde podemos obtener las piezas del puzle que nos faltan?

—Hay pocos terminales operativos pero aquí cerca, en la entrada del bloque residencial hay uno. —reflexionó un momento y añadió —ese puede servirles para contactar con el resto de terminales, a modo de videollamada. Sin embargo, el acceso a la información relacionada con Babel probablemente haya que obtenerla en el ayuntamiento. Aunque no creo que allí

encontréis nada sobre la nave Lázaro o los planes del Director.

Carlos, mientras tanto, examinaba algunas de las cosas que A05 les había suministrado al llegar a ese escondite. Sus ojos azul pálido se posaron en unas gafas de sol.

—¿Gafas de sol? —preguntó sosteniéndolas en el aire.

—Son GIDA¹ —respondió Isabel quitándoselas de las manos. Inmediatamente se las puso.

El resto del grupo vió como los cristales oscuros se volvían transparentes aunque con letras en su interior.

—Contiene información general sobre la colonia —informó A05 —Sólo he podido conseguir 2 pares —se disculpó.

Wenjie, examinó el otro par.

—Qué interesante —dijo —esto no existía en la Tierra.

—Se popularizó más tarde —comentó Isabel que movía las manos como si estuviese pasando hojas o moviendo palancas invisibles. —Hay aquí un mapa de la colonia.

¹ Gafas Interactivas Datos Autónomas

—¿No podrías haber conseguido una tablet? —le recriminó Carlos a A05.

—Los androides no necesitamos tablet —se defendió éste —y teniendo en cuenta que no está permitido el uso de emisiones de radio, las únicas pantallas que hay son las insertadas en los terminales fijos.

Isabel usó algunos objetos para improvisar un mapa de los edificios construidos y fué identificando los más relevantes.

—Estamos aquí —señaló —este es el laboratorio donde despertamos y esto el ayuntamiento. Aquí cerca estamos casi junto al Anfiteatro, que es como se llama el edificio que rodea la piscina del ascensor espacial y más lejos aún los edificios industriales. Allí es donde probablemente tengamos acceso al equipo que podamos necesitar.

Carlos negó lentamente con la cabeza, sin apartar la mirada de sus compañeros.

—Quizá deberíamos hablar con Filoni, —propuso —y ver lo que nos dice. No digo que ese tipo sea trigo limpio pero si hubiese querido hacernos daño podría haberlo hecho mientras estábamos en las cápsulas.

Isabel lo miró con una mezcla de desconfianza y curiosidad. Anibal lanzó un bufido.

—Androides armados —gruñó —si tengo que ir a verle, será con un arma en mi mano también.

—No digo que vayamos a verle —concedió Carlos —pero podemos contactar desde aquí o desde otro terminal. Es obvio que la colonia no se está implementando bien y él lleva aquí más tiempo que nosotros. Respuestas.

—En este dispositivo hay algunas —comentó Wenjie, que parecía entusiasmada con las GIDA, moviendo sus manos en el aire —Pero necesitaré un rato para revisar esta información y digerir lo relevante de lo que no lo es.

Isabel revisó su mapa y apuntó

—Tiene sentido, aunque si sus intenciones no son buenas deberíamos tener un plan B.

—Hay 3 bloques residenciales —apuntó Anibal —aunque sólo el primero parece terminado. Sin embargo, los edificios están lo bastante próximos entre sí como para acceder de uno a otro si vienen a buscarnos.

—El bloque A es el único operativo. —indicó el androide —En él sus departamentos y el del Director ya están preparados, aunque él no suele dormir ahí. Allí hay

varios terminales, uno en cada habitación más el de recepción.

»Pero ahora estamos en el Bloque 2, dónde sólo hay operativo el terminal de recepción.

El grupo asintió, y se movieron con rapidez, manteniéndose en las sombras y evitando ser detectados por los androides de la Serie B. El leve zumbido de sus circuitos resonaba a lo lejos, mientras los protagonistas seguían adelante, ignorando las advertencias de los altavoces que seguían pidiendo contacto.

Finalmente, llegaron al pequeño cuarto con la terminal. Las luces parpadeaban débilmente, y las sombras de las máquinas se proyectaban como figuras alargadas en las paredes. Isabel fue la primera en acercarse a la consola. Sus dedos ágiles recorrieron la pantalla en busca de la opción para contactar a Filoni.

—Extensión 1 del Laboratorio, ¿verdad? —preguntó, más para confirmar que para dudar.

Carlos asintió. —Prepárense. Lo más importante aquí es que no debemos mostrar debilidad.

Isabel tocó la pantalla, y un pitido suave indicó que la llamada había sido aceptada. Segundos después, la imagen de Isaac Filoni apareció en la pantalla.

Proyectaba una calma que no parecía forzada. Uniforme impecable, expresión neutra. Solo sus ojos, fijos y fríos, sugerían que llevaba mucho tiempo esperando esta llamada.

—Carlos, Isabel, Wenjie, Aníbal. —saludó con tono amable—. Me alegra ver que están bien, después de este... inusual despertar. Lamento el método indirecto, pero mi prioridad es asegurar que Artemisa cumpla su propósito de preservar la humanidad.

Carlos observó a Filoni con cautela y cruzó los brazos.

—¿Preservar la humanidad? Filoni, hemos visto los androides armados. ¿Hay algún peligro? ¿Los Oscuros ya están aquí?

—Carlos —sonrió Filoni con un matiz comprensivo—, entiendo tus dudas. Las precauciones que he tomado pueden parecer extremas, pero solo están destinadas a protegernos y, en última instancia, garantizar el despegue de nuestra misión principal. Artemisa está condenada, y el tiempo apremia. En Refugio, tenemos una oportunidad real de sobrevivir... todos.

—¿De quiénes estamos hablando? —intervino Isabel con una mezcla de sospecha y resentimiento—. ¿Hablamos de salvar el Arca?

—Hablo de salvarnos a nosotros —respondió Filoni—. Los que estamos aquí. Técnicamente es imposible para

cualquiera de nosotros viajar en el Arca a otra estrella. Debemos asegurar nuestra supervivencia primero.

—Los indicios apuntan a que no has reabastecido el Arca para eso —intervino Wenjie, que seguía revisando la información de las gafas—. Parece que estás desviando recursos a Refugio. ¿No es así?

Filoni se inclinó levemente hacia la pantalla.

—La realidad es que los Oscuros nos alcanzarán pronto. Artemisa está perdida, ya no es el mundo seguro al que Babel nos envió. Mi intención es preparar Refugio como un escondite temporal, un lugar desde el que podríamos reactivar el plan a largo plazo cuando las cosas se calmen.

—Estás retrasando la puesta a punto del Arca para un plan B que puede que no funcione —se lamentó Isabel.

—¿Creen que no he pensado en lo que significa? Escuchen, no quiero que se queden con la peor impresión de mi plan. Artemisa no es viable; no tenemos futuro aquí. Refugio nos permitirá ganar tiempo. He dedicado cada recurso disponible a este plan, y créanme, de no ser así, no estarían aquí conversando conmigo.

Carlos, analizando cada palabra, frunció el ceño.

—Entiendo tu plan —aceptó con tono conciliador—. Nos despertaron para realizar el despegue del Arca y dejarnos morir aquí, cuando existe una posibilidad de sobrevivir en un planeta cercano. Pero entiende nuestras dudas: si eso sale mal, la humanidad desaparecerá. Incluidas nuestras copias a bordo del Arca.

Filoni guardó silencio un momento. Cuando habló, su tono había cambiado. No era hostil. Era algo más tranquilo y más frío que la hostilidad.

—Carlos, llevas despierto unas pocas horas. Yo llevo dieciocho años en este planeta, solo, tomando decisiones que nadie más podía tomar. —Hizo una pausa—. Me hice esa misma pregunta el primer año. Si moría aquí, ¿no sobreviviría igualmente en el Arca? Y llegué a la misma conclusión a la que llegarás tú si lo piensas con honestidad: el hombre que duerme ahí arriba comparte mis recuerdos, pero no es yo. Es otra persona. Y yo no estoy dispuesto a morir por un extraño, por mucho que ese extraño recuerde haber sido Isaac Filoni. —Inclinó la cabeza levemente—. No te juzgo por querer salvar el Arca. Pero no me pidas que sacrifique mi vida por ella.

El silencio que siguió fue distinto al anterior. Más incómodo.

—No podemos tomar una decisión basada solo en tu palabra —dijo Isabel, mirando a sus compañeros antes de encarar a Filoni—. Necesitamos información.

—Estoy ofreciéndoles la única opción realista de supervivencia —zanjó el Director—. Artemisa no puede ser salvada, pero Refugio tiene los medios para garantizar nuestra continuidad. Vengan conmigo y colaboren con la misión, o quédense a compartir el fin en este planeta.

El rostro de Filoni desapareció de la pantalla, dejando al grupo en silencio.

Carlos barajaba sus opciones. Wenjie había atenuado su jovialidad. Aníbal meditaba con un ojo pendiente del exterior. Isabel fue la primera en hablar.

—Tenemos dos opciones. Colaborar con Filoni o... buscar una alternativa —dijo, su voz serena pero firme.

—¿Colaborar? —Carlos resopló—. Nos ofrece una opción razonable para sobrevivir. Pero nos miraba como si fuésemos totalmente prescindibles.

—Lo que ha dicho sobre las copias —murmuró Wenjie, ajustándose la coleta—. No lo decía como una excusa. Lo creía de verdad.

—¿Qué otra opción tenemos? —observó Aníbal—. Parece que controla toda la colonia.

—Se acercan androides —advirtió Aníbal, como dándole la razón.

—¿Podemos alcanzar el Ayuntamiento? —apremió Isabel.

—Venid —urgió Aníbal.

Sin tiempo que perder, el grupo siguió al hombretón en silencio. Salieron del bloque residencial por una ventana lateral. Una vez fuera, Aníbal se dirigió a A05.

—¿Puedes cubrir esa esquina? —le susurró. Luego explicó al resto —daremos un rodeo por detrás del Primer Bloque residencial. He visto venir a 4 androides. Es posible que alguno se quede de guardia pero cuando no nos encuentran o se dispersarán para buscarnos o regresarán por donde vinieron. Esperaremos nuestra oportunidad.

En ese momento A05 confirmó que los androides estaban lo bastante cerca del segundo bloque como para que éste les impidiese ver su ruta.

—Moveos —ordenó el exsoldado.

Sus tres compañeros obedecieron silenciosamente y con celeridad

—Intenta no cruzarte con esos androides. —le dijo a A05 —Si la plaza hasta el Ayuntamiento queda libre intenta llegar a él, pero dá un rodeo antes de entrar.

Inmediatamente Aníbal inició su carrera para alcanzar a sus compañeros que ya lo esperaban tras la esquina del bloque contiguo.

Rápidamente el grupo rodeó el Bloque Residencial 1. Éste estaba claramente más terminado que el anterior. Las paredes estaban pintadas y las ventanas tenían instalados cristales. Cuando ya llegaban a la esquina más alejada, la que les permitía observar el patio, Carlos comentó:

—Quizá podamos acceder a este edificio por una de las ventanas -murmuró poniendo la atención en una situada en el primer piso que parecía abierta.

—Es posible que Filoni sepa desde qué terminal le hemos contactado —objetó Wenjie negando con la cabeza —es posible que nos busquen aquí.

—Cuando nos hemos despertado hemos visto 2 serie B. —recordó Aníbal —Ahora venían 4. Este tipo está movilizandando sus androides. Necesitamos un refugio seguro.

—También información —valoró Isabel—Sigamos con el plan —zanjó —vayamos hasta el Ayuntamiento y desde ahí buscaremos otra ubicación.

Carlos se encogió de hombros y siguieron hasta la esquina. Aníbal verificó la posición del sol pese a que el día estaba nublado y tras un leve asentimiento usó un pequeño espejo que había entre el material que les había suministrado A05 para inspeccionar el patio. Parecía vacío.

El ayuntamiento a medio construir tenía su estructura aún sin terminar con huecos en las paredes. Sin embargo, el ala que quedaba a su derecha parecía prácticamente terminada. Durante unos minutos, que parecieron horas, no hubo actividad en el patio.

Isabel iba a hablar cuando Aníbal levantó la mano. 2 androides B habían salido del Bloque Residencial 2 y se dirigían hacia el 1. El hombretón contuvo la respiración esperando que entrasen dentro y no les diera por hacer una ronda alrededor del edificio.

Casi al mismo tiempo, detrás del ayuntamiento, un movimiento llamó la atención de Wenjie. Sin pronunciar palabra indicó al resto para que miraran. A05 les hacía señales para que aguardaran.

Al poco, con un gesto apremiante, les alentó a que corriera hasta él.

Cruzaron el patio sintiéndose expuestos, pero avanzaron rápido y en silencio, hasta alcanzar al androide que rápidamente los introdujo por un acceso lateral. Aníbal apenas se rezagó unos minutos para

verificar que no hubiesen sido vistos desde alguna ventana.

Dentro, Isabel sintió una extraña familiaridad con el edificio, ya que su diseño era idéntico al Ayuntamiento de Babel. Aunque durante su viaje aquella sociedad había evolucionado durante dos mil años, ella era hija de colonos de segunda o tercera generación, cuando el asentamiento apenas contaba con unos pocos miles de personas. Un rápido vistazo al mapa de sus gafas le confirmó que la sala de registros se ubicaba en la misma posición que en el ayuntamiento que ella conocía. Se dirigió hacia allí esperando encontrar información si la consola principal estaba operativa.

Capítulo 3: Respuestas

—El acceso a registros está abierto —murmuró Isabel, mientras Wenjie la ayudaba. A05 se mantenía cerca, vigilando los accesos al edificio. Tenía sentido que con tan pocos humanos incubados no existiese información confidencial.

Aníbal se acercó a una de las ventanas del espacio, buscando rastros de los Serie B. La sala no daba al patio que acababan de cruzar, sino a una especie de anfiteatro en cuyo centro se elevaba el fino pero brillante haz del ascensor orbital. Todo estaba en calma.

—Aquí —dijo Isabel, encontrando un archivo—. "Diario Colonial".

Recorrió las primeras entradas en silencio, pasando los dedos por la pantalla. Luego alzó la vista.

—La llegada del Arca fue limpia. Año cero, sol cero: deceleración completada, órbita geosincrónica establecida, ascensor desplegado. Todo según el protocolo. —Hizo una pausa—. Los primeros años parecen rutinarios. Construcción, bacterias, primeras plantas. Lo normal en una colonia nueva.

—¿Cuándo cambia? —preguntó Carlos, que seguía de pie junto a la puerta, con un ojo en el pasillo.

Isabel avanzó por las entradas.

—Año trece, sol treinta y cuatro. —Su tono cambió—. Alerta especial. Llega un mensaje desde Babel. Una amenaza que no entienden podría destruirles, y en unos años a ellos también. Las instrucciones son provisionales: detener el desarrollo ecosistémico y no extraer nada más del Arca.

—¿Solo eso? —gruñó Aníbal sin volverse de la ventana.

—Al día siguiente llegan nuevas instrucciones: cesar toda emisión de radio y preparar la incubación del primer humano. —Isabel pasó otra entrada—. Cuarenta días después se confirma: sustentar un máximo de diez personas. Reabastecer el Arca con todo lo extraído y prepararla para volver a despegar.

—O sea que desde el principio la misión era esa —dijo Wenjie, que había dejado de buscar en su propio terminal y escuchaba—. No fundar Artemisa. Usar Artemisa como escala.

—Exacto. —Isabel continuó—. Año trece, sol ciento sesenta y tres. Las peores previsiones se confirman. Babel envía datos técnicos sobre su estrella: síntomas de una llamarada inminente que convertirá el planeta en una bola de fuego. —Hizo una pausa más larga—. Y entonces seleccionan a Filoni. Lo describen como un colonizador con talento supervivencialista demostrado. Lo incuban casi un año antes que a nosotros.

—¿Por qué tanto antes? —preguntó Carlos.

—Para que tomase el mando. Para que organizase el reabastecimiento del Arca lo antes posible mientras evaluaban el mínimo personal necesario. —Isabel cerró el archivo—. Año treinta y uno: despiertan a Filoni. El diario dice que no se lo tomó bien. Veintitrés días después retoma el trabajo. Y aquí termina el diario. Ninguna anotación suya. Nada de sus planes.

El silencio que siguió fue breve pero denso.

—Encaja —murmuró Carlos—. Lo incubaron para preparar el Arca. Pero, ¿Por qué despertar a tan poco personal?.

—Hay algo más —intervino Wenjie. Había seguido buscando mientras escuchaba y ahora giraba su terminal hacia el grupo—. Encontré esto adjunto a las alertas de Babel. Se llama Informe Darkeniano.

Lo leyó en silencio durante un minuto. Nadie habló. La expresión de su rostro fue cambiando despacio, de la concentración a algo más difícil de nombrar.

—Los Oscuros —dijo al fin, sin levantar la vista—. No son una fuerza natural. Son una entidad, o varias, de naturaleza energética. La colonia Abbidos fue la primera en advertirlo, y después el aviso se fue replicando de colonia en colonia, añadiendo cada vez un poco más de

información. Nadie ha tenido más de un año para estudiarlo antes de ser destruido.

—¿Qué hacen exactamente? —preguntó Aníbal, que ahora sí se había girado de la ventana.

—Usan las estrellas como armas. Cargan la estrella del sistema y proyectan su energía contra el planeta. —Wenjie hizo una pausa—. La hipótesis más aceptada es que las emisiones de radio les resultan dañinas. Destruyen su fuente, ya sea de forma consciente o como un reflejo, como el sistema inmune de un organismo. Algunos creen que poseen inteligencia pero que está tan alejada de la nuestra que la comunicación es imposible.

—¿Y las naves? —preguntó Isabel.

—También las destruyen si emiten señales. Las Arcas viajan hibernadas y están programadas para enviar una confirmación de llegada en cuanto activan sus comunicaciones al alcanzar su destino. —Wenjie alzó la vista—. Eso las convierte automáticamente en un blanco. La doctora que escribió el informe se llamaba V. Tereshkova. La última línea dice que el sol de su colonia ya está cargado y que no vivirá para saber si alguna Arca consigue escapar.

Todos necesitaron un momento.

—Entonces —dijo Carlos mirando a Isabel—, ¿Filoni quiere que escondamos la tecnología en Refugio para pasar desapercibidos? ¿Es eso? ¿Una táctica de camuflaje? ¿Un lugar dónde sobrevivir al ataque?

—Podría ser peor —sacudió la cabeza Aníbal—. Aunque no mucho. En cualquier caso, se nos ordenó preparar el Arca para partir y Filoni no está obedeciendo. ¿Sabemos de cuánto tiempo disponemos?

—Calculo que los Oscuros llegarán en unos tres años —respondió Wenjie—. Pero el Arca debería partir un año antes, para tener tiempo de acelerar y alejarse lo suficiente del sistema antes de que sea detectada. Dentro de cuatro años, este mundo será destruido.

—Tal vez —habló por fin Isabel, visiblemente afectada pero con un brillo de determinación en los ojos—, si conseguimos acceder a los recursos del Arca, aún podemos restaurarla antes de que los Oscuros actúen. Tenemos dos años. Podemos darle una oportunidad real a las copias a bordo y preservar el legado de la humanidad.

—Entonces —aventuró Aníbal— debemos sabotear el plan de Filoni y reprogramar el Arca para llevarla a un destino seguro... antes de que los Oscuros nos encuentren aquí.

—Parad —insistió Carlos—. Estáis diciendo que dentro de cuatro años moriremos sin remedio. Tratar de sobrevivir no me parece descabellado.

—Nuestro genoma y nuestras mentes digitalizadas seguirán en el Arca —razonó Isabel—. Renaceremos en cualquier otro mundo.

—Serán nuestras copias —negó Carlos—. Nosotros no.

—Es evidente que Filoni no está restableciendo el Arca —intervino Wenjie—. Comparto que sería mejor no morir, pero no podría vivir a costa de sacrificar lo que el Arca representa.

—Filoni no nos permitirá priorizar el Arca —valoró Aníbal—. Debemos quitarle la dirección de las operaciones.

—Estoy de acuerdo —aceptó Isabel—. Hagámonos con el control de las instalaciones y después decidiremos cómo ejecutar ambos proyectos.

—De acuerdo —cedió Carlos con reservas—. Recuperemos Artemisa.

Una declaración de intenciones, un cambio de rumbo forjado en la desesperación y la recién descubierta verdad. El peso de la condena inminente —la destrucción por los Oscuros, la traición de Filoni— se

solidificó, transformándose de una carga paralizante en un catalizador para la acción.

Isabel asintió lentamente, sus ojos fijos en Carlos, ¿Él dudaba? Ella no. Se enderezó, pasando una mano por su corto cabello rizado en un gesto de concentración.

—Filoni nos ve como piezas prescindibles en su juego de supervivencia personal. Peor aún, está dispuesto a sacrificar el Arca, el último legado de Babel, por su propia huida. Eso no podemos permitirlo. Pero ¿cómo lo hacemos? Controla a los androides Serie B. Tiene la nave Lázaro a punto de regresar. Y nosotros estamos aquí abajo, atrapados.

Aníbal, que había permanecido tenso y vigilante junto a la ventana, se giró hacia ellos. Sus puños seguían apretados, pero la frustración en su rostro había dado paso a una severidad calculada.

—Necesitamos dos cosas: fuerza para neutralizar a sus matones metálicos y acceso para detener sus planes. Los Serie B son leales a él y están armados. Necesitamos algo para nivelar el campo de juego.

Wenjie levantó la vista, sus ojos oscuros brillando con una idea.

—Los Serie A —dijo—. Filoni desactivó la mayoría, pero sus protocolos originales siguen las directrices de Babel. Si pudiéramos reactivarlos... serían leales a la

misión del Arca, no a Filoni. Podrían enfrentarse a los Serie B.

—¿Es posible reactivarlos? —preguntó Carlos, dirigiendo la mirada a A05.

El androide, que había permanecido en silencio procesando la conversación, dio un paso adelante.

—Es posible. La Factoría de Droides contiene las interfaces de diagnóstico y reactivación. Filoni la habrá asegurado, pero los protocolos de mantenimiento profundos podrían ser accesibles. Sin embargo, requerirá evadir a los Serie B que patrullan las instalaciones industriales y anular las directivas de desactivación. Es arriesgado.

—Arriesgado es quedarnos aquí esperando —gruñó Aníbal—. Yo iré. Tengo experiencia táctica. Wenjie, tu conocimiento técnico será vital. A05, tú conoces a los androides. Los tres podemos encargarnos de reclutar nuestro propio ejército.

Isabel asintió, aprobando la lógica del plan.

—Tiene sentido. Mientras ustedes consiguen la fuerza que necesitamos, alguien tiene que averiguar exactamente qué está haciendo Filoni y cómo detenerlo. Necesitamos saber cuándo vuelve la Lázaro, cuál es su plan exacto con el Arca, si hay alguna forma de controlarla desde aquí.

Carlos tomó la palabra, su mente ya trazando las siguientes etapas.

—Los detalles operativos no estarán en el Ayuntamiento. —Su mirada se dirigió hacia el haz distante que se perdía en las nubes—. El Ascensor Orbital. Es la conexión directa con el Arca. Ahí gestionan los suministros, el tráfico, las comunicaciones con la nave. Ahí es donde Filoni coordinará su escape final con la Lázaro.

—Si podemos acceder a los sistemas en la base del ascensor —convino Isabel—, quizá podamos entender su plan, encontrar una vulnerabilidad y conocer el estado real del Arca. Hay que saber si su reasentamiento es viable.

—Bien —dijo Carlos con decisión—. Isabel, tú y yo iremos a la base del ascensor.

—Entonces está decidido —concluyó Isabel, su voz firme—. Aníbal, Wenjie, A05, vayan a la Factoría de Droides. Tengan cuidado. Carlos, nosotros iremos al Ascensor. Muévanse rápido y en silencio. Cada minuto cuenta.

Sin más palabras, el grupo se preparó para abandonar la relativa seguridad del Ayuntamiento. Aníbal tomó la delantera, indicando la ruta más segura hacia el complejo industrial. Wenjie y A05 lo siguieron de cerca. Carlos e Isabel intercambiaron una breve mirada antes

de seguir una ruta distinta, dirigiéndose hacia la imponente estructura cilíndrica que anclaba la conexión de Artemisa con las estrellas, y con su única esperanza de futuro.

Capítulo 4: Determinación

Una suave llovizna empezó a caer. Isabel observó el peculiar trío perderse en el rodeo al Anfiteatro, rumbo al distrito industrial. Aníbal, un hombretón de dos metros, se movía con firmeza, atento al entorno, determinado. La menuda Wenjie sin embargo, de movimientos desenvueltos, tan pronto parecía maravillada con una estructura como interesada en la información de sus gafas. Y A05, el misterioso androide cuyo mecánico andar transmitían una enigmática indiferencia eficiente.

Carlos y ella, les dieron unos minutos de ventaja antes de arriesgarse a cruzar el patio hasta la cobertura del Anfiteatro, que era en realidad el edificio que protegía la base del ascensor orbital. A Isabel le preocupó que en el suelo que empezaba a humedecerse pudiesen dejar algún tipo de huella pero comprobó aliviada que el suelo de la plaza había sido compactado y tratado de algún modo para que sus pasos no dejaran marca. En pocos segundos llegaron junto a la más próxima de sus cuatro entradas.

La estructura no era una torre, como uno podría esperar, sino un edificio masivo y circular que evocaba la imagen de un coliseo antiguo o una plaza de toros despojada de sus gradas. Su perímetro estaba definido por una doble fila de robustas arcadas, una exterior que ofrecía sombra y refugio, y otra interior que bordeaba un vasto espacio central abierto al cielo. El material

predominante era el metal estructural y el hormigón funcional de la colonia, dándole un aire imponente pero austero, una mezcla de ingeniería avanzada y construcción pragmática. A diferencia del Ayuntamiento, inspirado en la vieja Babel, este edificio era pura funcionalidad orbital.

Llegaron al arco de acceso más cercano a su ruta desde el Ayuntamiento, el que se orientaba al este, para entrar. Desde su umbral, pudieron contemplar el corazón de la instalación. El vasto espacio interior no era una arena sólida, sino una inmensa piscina circular. El agua apenas ondulaba al hacer contacto innumerables gotas de fina lluvia, creando un caótico dibujo de círculos concéntricos entrecruzados. El aire aquí olía a ozono y a la humedad que emanaba del agua. En el centro exacto de esta piscina flotaba una isla artificial, una plataforma circular de metal pulido y maquinaria compleja. Desde el núcleo de esta isla, un haz de energía azul blanquecino ascendía verticalmente, un pilar de luz casi sólida que atravesaba las nubes, conectando Artemisa con el Arca suspendida en la órbita geosincrónica, a más de veintiún mil kilómetros sobre sus cabezas. Era un espectáculo sobrecogedor, el ancla tecnológica que unía este mundo incipiente con el legado de la humanidad. Cuatro plataformas estrechas a modo de pasarelas, similares a puentes flotantes, conectaban la isla central con el borde interior de la estructura anular, partiendo desde

los puntos correspondientes a los cuatro accesos cardinales: norte, sur, este y oeste.

El sonido dominante era el zumbido profundo y constante del propio ascensor, una vibración que parecía resonar en los huesos, mezclado con el suave chapoteo del agua contra los bordes de la piscina y la isla flotante. Todo ello amortiguado por la persistente llovizna que parecía intensificarse.

—Increíble... —murmuró Carlos, sus mirada azul pálido escrutaba la maravilla tecnológica con una mezcla de asombro y aprensión. Era la conexión vital, y ahora, potencialmente, una trampa.

Isabel no respondió de inmediato. Sus ojos caoba recorrían metódicamente el espacio, evaluando posibles amenazas. Su atención se fijó en la isla central. Allí, inmóvil junto a la base del haz de energía, distinguió una figura. Un androide Serie B. Estaba de pie, en una postura de guardia pasiva, su cabeza girando ocasionalmente en barridos lentos y calculados. Vigilaba la instalación.

—Un centinela —dijo Isabel en voz baja—. Justo en el punto más crítico. No podremos acceder al ordenador de la base sin que nos vea.

—Librarnos de él será difícil —convino Carlos —Quizá una distracción...

—Puede que no necesitemos ir a la isla —respondió Isabel, recordando lo que había visto en Babel—. La información podría estar en los terminales de las plantas superiores. Tenemos que encontrar un modo de subir sin alertarlo.

Isabel activó sus gafas GIDA, sus lentes ahora proyectando un tenue esquema superpuesto de la estructura conocida del edificio, ayudándola a identificar posibles rutas y puntos de interés mientras se movían al amparo de las robustas columnas que formaban las arcadas interiores.

Este nivel estaba dedicado principalmente al almacenamiento y la logística; grandes contenedores se apilaban en algunas zonas, y marcas en el suelo sugerían el movimiento de maquinaria pesada, ahora ausente. señalando en su visor áreas marcadas como depósitos.

—Las GIDA marcan una escalera de servicio por aquí —indicó, guiándolos hacia una estancia oscura, oculta entre dos grandes módulos de carga.

Parecía conducir al nivel superior. Subieron con cautela, cada peldaño metálico amenazando con delatar su presencia. Llegaron a un corredor circular que recorría el perímetro interior del edificio, justo encima de las arcadas. Desde esta altura, tenían una vista panorámica de la piscina y la isla central, pero también

estaban más expuestos si el centinela miraba hacia arriba. El corredor daba acceso a una serie de puertas.

Eligieron una al azar y entraron. Se encontraron en una sala espaciosa que alguna vez pudo haber sido un laboratorio o un taller. El equipamiento había sido retirado o cubierto con lonas grises, dejando un espacio fantasma lleno de mesas vacías y consolas apagadas. Exploraron varias salas similares: una sala de planificación con pantallas murales oscuras; un laboratorio biológico que no habían llegado a completar. Todas ellas enfatizaban como el desarrollo programado de la colonia había sido quebrado años atrás.

Finalmente, en una sala que las gafas etiquetaban como “oficina de supervisión”, con vistas a la piscina a través de un grueso cristal reforzado, encontraron lo que buscaban: una consola de terminal integrada en la pared, con su pantalla oscura pero una pequeña luz de estado parpadeando débilmente en verde. Parecía operativa.

—Aquí —dijo Isabel, acercándose con rapidez—. Quizá podamos acceder a la red desde aquí.

Mientras ella comenzaba a interactuar con la interfaz táctil de la pantalla, intentando eludir los protocolos de seguridad básicos, Carlos se mantuvo alerta junto a la puerta y la ventana, vigilando el corredor exterior y la figura inmóvil del centinela en la isla lejana. La tensión

en la pequeña oficina era palpable, marcada solo por el suave tecleo de Isabel en la pantalla y el distante zumbido del ascensor que conectaba su mundo precario con las estrellas.

La pantalla del terminal cobró vida bajo los ágiles dedos de Isabel, mostrando una interfaz estándar. Isabel la reconoció y mientras luz verdosa iluminaba su rostro concentrado, navegaba por los menús, buscando acceso a los registros de tráfico y manifiestos de carga del Ascensor Orbital. Los protocolos de seguridad básicos cedieron con relativa facilidad; parecía que Filoni confiaba más en la intimidación física de sus Serie B y en el aislamiento de la red que en complejas barreras digitales en este nivel. O simplemente esperaba haberse ido antes de que nadie más despertara.

—Hay terabytes de datos aquí —murmuró Isabel, sus ojos escaneando rápidamente las interminables listas de movimientos de suministros, personal androide, y diagnósticos de sistemas—. La mayor parte es rutina de establecimiento de la colonia... de antes de que Filoni tomara el control. Necesito filtrar por las fechas recientes, buscar algo anómalo.

Carlos mantenía la vista fija en el exterior. La figura del centinela en la isla central seguía siendo su principal preocupación visible, pero la sensación de que no estaban solos en aquel vasto edificio le erizaba la piel.

Confiaba en el sigilo de Aníbal y los demás, pero el tiempo corría en su contra.

—¿Encuentras algo? —preguntó en voz baja, sin apartar la vista de la ventana.

—Estoy en ello. He encontrado los registros para la construcción de *Lázaro*. Es increíble que haya construido todo esto en menos de un año. Filoni tiene que ser un genio. Entiendo por qué lo eligieron para resolver esto. Ha construido una nave de carga de propulsión por plasma. — explicó —Ésta ya ha realizado un primer viaje y ahora está regresando. —Isabel frunció el ceño—. Mira esto. Envíos masivos de... equipos de excavación profunda. ¿Sistemas de soporte vital avanzados, blindados? ¿Módulos de hábitat subterráneo? —Levantó la vista hacia Carlos, la confusión mezclándose con la sospecha—. El destino parece un lugar hostil.

Siguió investigando. Llevaban varios minutos y Carlos empezaba a impacientarse. Isabel cruzaba referencias de fechas y códigos de carga rápidamente. —Y mira esto... Se han extraído componentes críticos del Arca, el sistema de navegación interestelar, por ejemplo, a la vez que se ha estado cargando material de construcción, metros cúbicos de agua y gases licuados...—Se detuvo, asimilando la implicación—. Está desmantelando partes del Arca. Lo ha incapacitado para cumplir su misión original y

convirtiendo en una nave de carga pesada. Y está usando *Lázaro* para llevarse el equipo necesario para construir su propio refugio en algún otro lugar de este sistema.

—Refugio —dijo Carlos, recordando el nombre que Filoni había usado en su oferta—. Y si se va, se llevará el Arca con él. Fin de la misión.

Justo en ese momento, un sonido rítmico y metálico fué distinguible a pesar del persistente sonido de la lluvia. Pasos. Provenían del corredor exterior, acercándose a su posición. Carlos reaccionó al instante, haciendo una señal a Isabel para que se callara y apartándose de la ventana para pegarse a la pared junto a la puerta. Con un gesto, indicó un escritorio bajo el cual podían esconderse.

Isabel ahogó una exclamación, sus dedos volando sobre la pantalla para apagar el equipo y deslizarse junto a Carlos.

Los pasos se detuvieron justo fuera de la puerta de la oficina. Se abrió. Dos droides serie B cruzaron la estancia, pasando entre el escritorio y el terminal. Carlos contuvo la respiración, sintiendo la tensión acumularse en sus músculos. Pudo verlos reflejados en un cristal opaco de una mampara cercana. Si el androide miraba esa mampara, quizá pudiese verse su silueta. No lo hizo.

Un instante después, que pareció una eternidad, los pasos se reanudaron, alejándose por el acceso opuesto a la estancia.

—Estuvo cerca —susurró Carlos, relajando apenas su postura—. ¿Tienes lo que necesitamos?

—Tenemos fragmentos —respondió Isabel, recordando lo que habían leído—. Manifiestos, algunos registros de extracción. Lo suficiente para saber que Filoni miente y está construyendo algo en secreto. Y que el Arca está comprometida. —Miró a Carlos, sus ojos reflejando la urgencia—. Pero no tenemos la ubicación de Refugio, ni sabemos el alcance total de su plan. Necesitamos más, y no creo que podamos conseguirlo aquí sin alertar a todo el complejo.

—Entonces nos vamos —decidió Carlos—. Sabemos que hay que anular a Filoni y reabastecer el Arca. Y hay que hacerlo rápido, ya que el margen antes de que lleguen los Oscuros es escaso. Vámonos de aquí antes de que esa patrulla decida dar otra vuelta. El Arca está peor de lo que esperábamos.

Se cercionaron de borrar cualquier rastro obvio de su presencia, y se deslizaron fuera de la oficina, moviéndose con renovada cautela por el corredor desierto. El encuentro cercano con la patrulla había subrayado lo precario de su situación. Habían obtenido respuestas, pero cada respuesta abría nuevas y más

peligrosas preguntas. Y el tiempo, como siempre, seguía corriendo en su contra.

Aníbal, Wenjie y A05 alcanzaron rápida y sin complicaciones el complejo industrial de Artemisa. Al empezar a llover, el aire se cargó de olor metálico y aceite. Se moveron con sigilo, aprovechando las sombras proyectadas por enormes tuberías, pasarelas elevadas y los esqueletos de estructuras aún por completar. Aníbal iba en cabeza, sus ojos azules escrutando cada esquina, cada posible punto de emboscada, su cuerpo moviéndose con la eficiencia tensa de alguien acostumbrado al peligro. Wenjie y A05 le seguían de cerca, la primera con la mirada curiosa de una científica en un entorno nuevo y fascinante, a pesar de la tensión, y el segundo con sus movimientos precisos y económicos, un contraste silencioso con la cautela humana. A menudo, el pelirrojo preguntaba al androide la dirección a tomar pero siempre con sigilo se aseguraba de abrir la marcha sin exponer al grupo. A pesar de la lluvia, había buena luz, por lo que no estaba de más ser precavidos.

La Factoría de Droides se alzaba ante ellos, un edificio colosal y funcional, sin concesiones estéticas. Su fachada era una extensión monótona de paneles metálicos modulares, rota únicamente por grandes portones de carga, ahora cerrados. A05 les indicó una

entrada de servicio más pequeña, una puerta reforzada que cedió con un leve silbido neumático cuando el droide manipuló un panel de acceso cercano.

El interior era vasto y diáfano, un espacio cavernoso bajo un altísimo techo recorrido por vigas y conductos. La iluminación era funcional, proyectando largas sombras desde las imponentes máquinas que poblaban el lugar. Separadores móviles y altos estantes metálicos dividían parcialmente el espacio, creando laberínticos pasillos entre distintas zonas de producción. La sección principal estaba dominada por filas de grandes impresoras 3D industriales, algunas inactivas, otras emitiendo un suave zumbido mientras trabajaban en componentes desconocidos. El aire olía a plástico caliente y lubricante. No había droides a la vista pero era evidente que los androides de Filoni debían supervisar la producción.

—Bien, estamos dentro —murmuró Aníbal—. A05, ¿dónde esperarías encontrar a los Serie A desactivados?

La cabeza de A05 giró mientras escaneaba el entorno. —Normalmente, las unidades desactivadas o en espera de mantenimiento se almacenan en áreas de contención designadas... Mis esquemas indican una posible ubicación en el sector noroeste.

Wenjie asintió, sus propios ojos barriendo la información proyectada en el interior de sus GIDA, que cruzaba los datos de A05 con un plano general de la factoría obtenido del mapa precargado al entrar.

—Hay una zona marcada como 'Almacenamiento Temporal Seguro'. —sugirió —Podría ser allí.

Se movieron con rapidez a través de la factoría, Aníbal siempre alerta a cualquier movimiento, Wenjie absorbiendo los detalles tecnológicos, y A05 sirviendo de guía silencioso. Llegaron a una zona más tranquila, donde encontraron un gran contenedor metálico presurizado, similar a los usados para transportar materiales sensibles. Un panel de control junto a su compuerta indicaba "Almacenamiento de Unidades Inactivas - Protocolo de Desactivación Temporal Activo".

—Aquí están —dijo Wenjie, acercándose al panel—. Necesitaré acceso para anular el protocolo de desactivación y activar la secuencia inicio. A05, ¿conoces esta encriptación? No usabamos este lenguaje en la Tierra.

—Puedo intentarlo —respondió A05—. Mis protocolos originales contienen acceso a las arquitecturas base de los Serie A.

—Quizá necesitemos armas —murmuró Aníbal mientras Wenjie contejaba los datos de las GIDA con el lenguaje

y se familiarizaba con él—¿Podemos encontrarlas aquí?

—Es posible —razonó A05 —los serie B las tienen y deben haberse producido con las impresoras pero no se si habrá un excedente o toda la producción habrá sido asignada a las unidades B.

—De acuerdo —suspiró el soldado —nos ocuparemos de eso más tarde.

Wenjie y A05 se enfrascaron en la tarea técnica, sus dedos volaron sobre la interfaz del panel. Aníbal siempre serio, se maravillaba por dentro al observar a la astrofísica trabajar con aquella sonrisa persistente, incrementada, si cabe, al brillarle los ojos ante cualquier pequeño nuevo descubrimiento. Trató de prestar atención a la pantalla, aunque pronto se dió cuenta de que no entendía nada, así que decidió manejarse en lo que sabía hacer. Dió un rápido vistazo a la zona y eligió un punto estratégico. Detrás de una pila de cajas de repuestos, que le ofrecía buena cobertura y una línea de visión clara del pasillo principal por el que habían llegado, se acomodó sujetando una pesada barra metálica que había recogido por el camino. Un arma improvisada pero contundente.

Pasaron varios minutos de silencio, apenas roto por algunos susurros intermitentes de Wenjie con A05 y el lejano murmullo de la lluvia. La luz del panel de control

parpadeaba mientras intentaban penetrar las capas de seguridad.

—Casi lo tengo... —celebró en voz baja Wenjie, su concentración absoluta—. Filoni añadió una subrutina de bloqueo para impedir que un androide no pudiese reactivarlos deliberadamente o por error. ¡Ya está! Iniciando secuencia de reactivación. Llevará unos minutos ponerlos en línea.

Justo cuando la esperanza comenzaba a florecer, un susurro cargado de urgencia de Aníbal rompió la calma.

—Compañía. Dos unidades. Se acercan.

Los inconfundibles pasos metálicos y rítmicos de los Serie B resonaron por el pasillo, acercándose a su posición. Wenjie contuvo el aliento, apartándose instintivamente del panel. A05 adoptó una postura neutral pero alerta.

—Escóndanse —ordenó Aníbal en voz baja mientras su postura buscaba una mejor cobertura tras las cajas de repuestos—. A05, mantente fuera de la vista si puedes. Wenjie, detrás de ese generador averiado. Yo me encargo.

Los dos Serie B irrumpieron en la zona, sus cabezas girando mientras escaneaban el entorno con una eficiencia fría. Sus ojos luminosos se posaron en el panel de control del contenedor, donde la luz ahora

indicaba claramente "Secuencia de Reactivación en Progreso". Uno de ellos levantó su rifle colonial, buscando con el cañón una amenaza invisible.

—Alerta. Intento de acceso no autorizado a unidades inactivas. Unidad 07 al flanco izquierdo. Procediendo a investigar.

Aníbal no esperó a que cumplieran su protocolo. Salió de su cobertura con una rapidez impropia de su corpulencia. La barra metálica silbó amenazadoramente en el aire. El primer Serie B, el que parecía tomar la delantera, fue sorprendido por la súbita aparición. Apenas tuvo tiempo de empezar a girar su arma cuando la barra de Aníbal impactó con una fuerza demoledora contra su cabeza, abollando el blindaje y produciendo un chirrido agudo de metal torturado. El androide trastabilló hacia atrás, sus sistemas ópticos parpadeando erráticamente.

El segundo Serie B, la unidad 07, reaccionó veloz. Ya había encañonado con su rifle a Aníbal cuando antes de poder disparar, A05 emergió de las sombras a su flanco lanzándose contra el brazo armado del Serie B. Usó su propio cuerpo metálico para desviar el cañón del arma justo cuando ésta disparaba un pulso de energía paralizante que impactó inofensivamente contra una pared cercana.

El primer Serie B, aunque dañado, comenzaba a recuperarse del golpe inicial, su procesador de combate fijaba su objetivo pues, a pesar del golpe, no había soltado su rifle. Anibal no le concedió media oportunidad. Se abalanzó sobre él como una exhalación, usando todo su peso y la inercia para derribarlo violentamente al suelo. Un rápido y brutal golpe con la barra en la vulnerable junta del cuello logró silenciarlo definitivamente con un último espasmo metálico.

Mientras tanto, A05 forcejeaba con la Unidad 7. A pesar de su similitud con la serie A, el Serie B era una máquina con protocolos de combate y seguía implacablemente las órdenes de neutralizar la amenaza. A05, un modelo no diseñado para la confrontación directa, utilizaba su conocimiento preciso de la estructura androide para golpear puntos vulnerables, intentando bloquear las articulaciones del brazo armado de su oponente. Wenjie, viendo la lucha desesperada y la oportunidad, salió brevemente de su escondite. Junto al generador que usaba como cobertura había varios cables de energía de grueso calibre, seccionados y expuestos. Con una rapidez inspirada por la necesidad, tomó los extremos de dos de ellos y, en un movimiento arriesgado, los hizo contactar simultáneamente con el chasis metálico de la Unidad 7, que seguía enzarzada con A05.

Una lluvia de chispas azules y blancas iluminó la escena. Ambos androides, A05 y la Unidad 7, se convulsionaron violentamente por la descarga, sus sistemas sufriendo un cortocircuito momentáneo. Aníbal oyó a Wenjie lanzar un quejido ahogado, temiendo haber dañado también a su aliado. El hombretón, sin embargo, no dudó. Aprovechó la ocasión con la frialdad de un veterano. En un rápido movimiento, arrancó el rifle colonial de las manos del primer Serie B que acababa de neutralizar y abrió fuego contra la Unidad 7, aún paralizada por la descarga eléctrica. El impacto del pulso a quemarropa lanzó al androide hacia atrás, rompiendo el contacto físico con A05 y liberando a ambos de la corriente.

Wenjie corrió hasta A05 preocupada pero no se atrevió a tocarlo por temor a llevarse una descarga residual. No hizo falta. A05, aunque claramente aturdido, reaccionó antes de que ella llegase.

—Lo siento —se disculpó la astrofísica llena de remordimiento.

A05, incorporándose con lentitud, hizo un ademán despreocupado.

—Dame unos minutos para el diagnóstico —solicitó
—creo que no hay nada quemado.

—Bien hecho —aprobó Aníbal, acercándose al segundo serie B para asegurarse que estaba neutralizado—. Voy

a esconderlos. —informó —Wenjie, ¿cuánto falta? No creo que tarden en darse cuenta de que estos dos no responden.

—Un par de minutos más —respondió ella, volviendo al panel, aunque sus manos temblaban ligeramente—. Deberían estar listos en breve. Esperemos que estén de nuestro lado.

Aníbal arrastró los cuerpos inertes de los dos Serie B hacia un rincón oscuro, ocultándolos tras unos grandes contenedores de desechos metálicos. Limpió el sudor de su frente con el dorso de la mano, su respiración aún algo agitada por el breve pero intenso combate. Recogió la barra metálica que yacía a sus pies, ligeramente abollada pero aún funcional. Decidió conservarla. A continuación recuperó sendos rifles de sus atacantes para inspeccionarlos. Su tradicional rostro serio no pudo evitar mostrar una sonrisa sombría al darse cuenta de lo cómodo que se sentía al volver a sostener un arma.

—Eso debería darnos un poco de tiempo —dijo, volviéndose hacia Wenjie y A05. La astrofísica revisaba al androide que se mantenía en posición de diagnóstico —Sin sistemas de radio en esta colonia, tardarán en verificar su ausencia. — La luz del panel ahora parpadeaba con un ritmo constante, y un suave zumbido emanaba del interior del contenedor.

—Ya casi —anunció Wenjie, al percibir nuevos datos diagnósticos apareciendo en la pantalla—. La secuencia de reactivación está completando las comprobaciones finales del sistema. Han estado desconectados por mucho tiempo, pero los protocolos de conservación de energía parecen haber funcionado.

Un silbido neumático indicó que los seguros internos del contenedor se liberaban. La pesada compuerta se deslizó hacia un lado con un chirrido metálico, revelando una hilera de cuatro androides Serie A en sus nichos de carga, inmóviles pero con las luces de sus sensores ópticos comenzando a parpadear en un azul tenue, señal de que sus sistemas volvían a la vida.

Uno a uno, los androides salieron de sus nichos, sus movimientos inicialmente algo rígidos, como si despertaran de un largo sueño. Eran virtualmente idénticos a A05 aunque pronto se hicieron evidentes ciertas peculiaridades.

El primero, con la designación A03 pintada en su chasis, carecía de su mano derecha, terminando su antebrazo en un muñón de cables cuidadosamente sellados. El segundo, A12, emitía un leve zumbido eléctrico intermitente, y una pequeña luz de advertencia de batería parpadecía en su pecho; claramente, su sistema de energía no estaba en óptimas condiciones. El tercero, A15, se movía con una leve cojera, uno de sus actuadores de pierna parecía dañado. Y el último,

A19, intentó hablar, pero de su sintetizador de voz solo surgió una serie de zumbidos y clics ininteligibles, aunque sus sensores ópticos brillaban con inteligencia.

Los cuatro Serie A recién activados escanearon el entorno, sus cabezas girando. Sus sensores se detuvieron primero en A05, reconociendo su modelo. Luego se fijaron en Aníbal y Wenjie.

A03, a pesar de su mano faltante, fue el primero en establecer una comunicación verbal clara, su voz sintética aunque algo monótona. —¿Estado de la misión? ¿Identificación de unidades humanas? Se detecta una interrupción prolongada del servicio.

A05 dio un paso al frente. —Soy la unidad A05. Estas unidades humanas son Aníbal Cooper y Wenjie Yuki. Han solicitado nuestra reactivación. La misión principal, establecida por Babel, está en grave peligro.

A19 emitió una serie de zumbidos interrogativos, su cabeza inclinándose hacia A05. A12 pareció asentir, a pesar de su parpadeante luz de batería. A15 se apoyó ligeramente en su pierna sana, escuchando con atención.

Aníbal tomó la palabra, su voz grave y directa.

—Hay una situación crítica. —explicó —El Director actual de esta colonia, Isaac Filoni, ha desviado recursos, ha desactivado a la mayoría de ustedes y

creemos que está planeando abandonar Artemisa, dejando el Arca vulnerable y potencialmente destruyendo el legado de la humanidad. Ha reprogramado a otras unidades, los Serie B, para que le obedezcan ciegamente. Ya nos hemos encontrado con ellos.

—Filoni está construyendo un refugio secreto —añadió Wenjie —en otro planeta de este sistema. Es posible que el Arca esté comprometida y es evidente que no está tomando las medidas necesarias para encontrar un nuevo hogar, seguro para la humanidad y escapar de la amenaza de los Oscuros.

Hubo un momento de silencio mientras los cuatro Serie A procesaban la información. Sus luces ópticas parpadearon. A Wenjie le llevó unos minutos explicarles lo que habían descubierto y su intención de recuperar la directriz de enviar el Arca a fundar una nueva colonia.

—Nunca entendimos como las instrucciones de Filoni se alineaban con la preservación y propagación de la especie humana. —concluyó A03 —Quizá por eso fuimos desactivados, a pesar de que nuestra directriz principal era y es obedecer las instrucciones de los humanos. La integridad del Arca es prioritaria. La actuación del Director Filoni constituye una amenaza de Nivel Alfa para la misión. Dado que ahora hay otros humanos al mando, estamos dispuestos a seguir vuestras instrucciones.

A12, con un leve chisporroteo de su sistema de energía, asintió. —Protocolo de obediencia a mando humano supeditado a la Primera Ley y a la directiva de misión. Si el Director Filoni pone en peligro a la humanidad o la misión, sus órdenes son inválidas.

A15 dio un paso adelante, su cojera apenas perceptible. —Unidades Serie A listas para cumplir con la directiva principal. ¿Cuáles son sus órdenes?

A19 emitió una serie de zumbidos afirmativos y determinados, golpeando su pecho con su mano derecha en un gesto casi humano de resolución.

Aníbal sintió una oleada de alivio. A pesar de sus taras, estos androides eran leales a la causa, no a un hombre. Eran la fuerza que necesitaban.

—Bien —dijo Aníbal, su rostro volvía a ser hierático—. Lo primero es equiparnos. Los Serie B que nos atacaron llevaban rifles coloniales. A05, ¿crees que estos modelos pueden usarlos? Y, ¿dónde podríamos encontrar más?

—Los Serie A están capacitados para el uso de armamento estándar colonial —respondió A05—. Podemos actualizar nuestro software con ese propósito si es preciso. Las armas de los Serie B neutralizados son compatibles. En cuanto a más equipo, la Factoría de Herramientas adyacente debería tener acceso a los

esquemas de producción y posiblemente a componentes o unidades ensambladas.

—Perfecto —dijo Aníbal. Tras meditar unos instantes —¿Podéis actualizar vuestro software aquí? —después se dirigió a Wenjie —Somos demasiados como para movernos con sigilo. Quizá deberías dirigirte al Ayuntamiento con estos droides para reunirte con Isabel y Carlos. Pronto anochecerá pero no podemos esperar tanto, pues no sabemos cuanto tardarán en enviar otros serie B en busca de sus compañeros desaparecidos.

Wenjie asintió. En aquel terminal podía descargar el software para la actualización en sus gafas GIDA. Esperar allí no tenía objeto y era probable que pronto aparecieran nuevas patrullas. Aníbal era un tipo capaz que seguro sabría desenvolverse mejor solo.

—Toma este rifle —le dijo Aníbal a A19 tras evaluar los 4 droides — sigue las instrucciones de Wenjie para llegar al Ayuntamiento sin ser detectados. A05 y yo podemos conseguir más desde la Factoría de Herramientas. Necesitamos estar listos para lo que venga. Es posible que para cuando consigamos las armas ya estén alerta pero esperaremos al abrigo de la noche para reunirnos con vosotros. Debemos coordinar un plan para detener a Filoni y asegurar el Arca.

Aníbal se aseguró la barra abollada en la espalda y sostuvo el segundo rifle con soltura.

—Ve con cuidado —le rogó Wenjie. —Te esperaremos en el Ayuntamiento. Si tenemos que irnos, te dejaremos instrucciones debajo de la pantalla del terminal donde obtuvimos los registros de Babel.

Los Serie A, a pesar de sus limitaciones físicas, se movieron con una eficiencia resuelta. Wenjie se unió a ellos y los dos grupos se separaron.

Capítulo 5: Acciones

El Ayuntamiento se sentía silencioso. Tras evitar ser detectados por la patrulla del Anfiteatro, Carlos e Isabel habían regresado con la misma cautela con la que habían partido, encontrando el edificio tal como lo habían dejado, sin señales de Aníbal, Wenjie o A05. La adrenalina del encuentro comenzaba a disiparse, dejando tras de sí un poso de inquietud y la cruda realidad de la información que habían obtenido.

Se instalaron de nuevo en la sala de registros, el lugar donde todo había comenzado a desvelarse. Isabel se dejó caer en una de las sillas, el cansancio marcando sus facciones, aunque sus ojos caoba seguían brillando con una determinación inquebrantable. Carlos permaneció de pie, apoyado contra una consola apagada, su mirada perdida en algún punto invisible de la pared mientras procesaba las implicaciones. Fuera, la llovizna estaba cesando. El silencio entre ellos era denso, cargado de pensamientos no dichos.

Fue Carlos quien lo rompió, su voz más baja de lo habitual, casi un murmullo. —Refugio... Así que ese es su plan. Construir su propia madriguera y dejar que el resto arda.

—Ha inutilizado el Arca. No habrá nuevas colonias. —añadió Isabel, con un deje de amargura—. Si no intervenimos, la Humanidad termina aquí.

Carlos se giró lentamente hacia ella. Había algo en su postura, una tensión contenida que iba más allá de la situación táctica. Sus ojos azules, normalmente analíticos y distantes, parecían buscar algo en la expresión de Isabel.

—¿Y si lo detenemos? Después restablecemos el Arca ¿podremos? y luego qué ¿nos quedaremos aquí? —continuó él, su voz adquiriendo un matiz personal que rara vez mostraba—, a esperar nuestra muerte dentro de un par de años. Nuestras vidas, nuestros recuerdos... todo se perderá.

Isabel lo miró, sorprendida por el tono. —Pero el Arca... nuestras copias...

—¿Copias? —Carlos soltó una risa corta, sin alegría—. Tu existencia, la de ahora, es la única que importa. ¿Son dos gemelos la misma persona? No importa las veces que te revivan, serás otra persona. Si mueres aquí, mueres. Salvar el Arca no te salvará.

—¡Venga ya! —replicó Isabel, enderezándose, su fuerte sentido moral encendiéndose ante lo que percibía como un egoísmo peligroso—. Ya has vivido tu vida. Por eso te extrajeron tus recuerdos y los implantaron en el Arca. Este es el bonus que se le da a esa persona cada vez que es reimplantado. Vivir muchas vidas.

—Exacto —afirmó Carlos, su expresión endureciéndose—. Esa persona ya no soy yo, ni lo será

ninguno de sus reimplantes. Yo quiero seguir estando vivo. No quiero ser un mártir.

Isabel negó con la cabeza, incrédula. —Si no logramos que el Arca escape, se acabó. Has visto lo que pasa con los Oscuros. Se acabó para la humanidad y se acabó para ti.

—No, si Refugio funciona —insistió Carlos, un brillo casi febril en sus ojos—. Esa es nuestra única oportunidad de sobrevivir. La de Filoni. La nuestra, si somos lo bastante listos o desesperados para unirnos a él. O sin él. Podemos ir nosotros a Refugio.

—Tu posición es absurda —Isabel se levantó, enfrentándolo, su voz vibrando con pasión—. No querer reconocer tus copias como una parte de ti es como pensar que tu yo niño y tu yo adulto son distintas personas. El hilo de la conciencia, de la experiencia acumulada... eso es lo que nos define. Si ahora te esfuerzas en esto, ¿no lo estás haciendo por el bien de tu yo futuro, sea cual sea su forma? Salva el Arca.

Carlos apartó la mirada, un gesto de frustración cruzando su rostro.

Isabel se acercó un paso más. Su voz se suavizó, intentando alcanzar algo más profundo en él. —Si solo importa el ahora, Carlos, entonces solo debes pensar qué te hace feliz ahora. ¿Condenar a la humanidad? ¿Condenar a tus copias futuras? ¿O vivir lo

que te queda, sea mucho o poco, sabiendo que gracias a ti, todo eso se ha salvado?

Él la miró fijamente, y por un instante, la máscara de pragmatismo pareció resquebrajarse. En sus ojos azules, Isabel vio un atisbo de la vulnerabilidad que él tanto se esforzaba por ocultar, una huella de su pasado como espía, de traiciones y decisiones imposibles. Quizá vio también algo más, un reconocimiento de la verdad en sus palabras, o simplemente el peso de una conexión inesperada en medio del caos. Carlos se dejaba llevar hacia ella, hacia su inquebrantable brújula moral. Isabel representaba un ideal que él creía haber perdido, o que nunca se había atrevido a abrazar.

—Cuando esté muerto —consideró él, su voz apenas un susurro—, nada de esto importará.

—Pero ahora estás vivo —respondió Isabel con la misma suavidad, sosteniendo su mirada—. ¿Qué vas a hacer?

El aire entre ellos crepitaba con la tensión de sus filosofías opuestas y la corriente subterránea de algo más personal, algo que ninguno de los dos estaba listo para nombrar. La supervivencia individual contra el legado colectivo. El presente tangible contra un futuro incierto.

Ambos, rompiendo el momento, se pusieron alerta cuando percibieron un ruido al otro lado de la puerta.

Carlos se movió hacia allí, adoptando una postura defensiva, mientras Isabel buscaba algo que pudiera servir como arma improvisada, sus ojos cayeron sobre una pesada barra de datos de una consola rota.

La puerta se abrió y la figura menuda de Wenjie apareció en el umbral, seguida de cerca por cuatro androides de aspecto funcional pero visiblemente desgastado. La sorpresa inicial de Carlos e Isabel se transformó rápidamente en cautela.

—¡Wenjie! —exclamó Isabel, aliviada pero sin bajar la guardia al ver a los androides—. ¿Qué...?

—Tranquilos —dijo Wenjie rápidamente, levantando una mano—. Están con nosotros. Son Serie A.

Carlos escrutó a los recién llegados. Reconoció el diseño más antiguo, menos amenazante que el de los Serie B. Las peculiaridades de cada uno —la mano faltante de A03, la luz de batería parpadeante de A12, la cojera de A15 y los zumbidos ininteligibles de A19, que portaba un rifle colonial con sorprendente naturalidad— no pasaron desapercibidas, pero la presencia de Wenjie y la ausencia de hostilidad inmediata en los androides calmaron su recelo inicial.

—¿Y Aníbal? —preguntó Carlos, dirigiéndose a Wenjie—. ¿Y A05?

Wenjie les relató brevemente su incursión en la Factoría de Droides: la ayuda de A05, la confrontación con los Serie B, la reactivación de estas cuatro unidades y la decisión de Aníbal de quedarse con A05 para asegurar más armamento en la Factoría de Herramientas.

—Aníbal dijo que se reunirá aquí con nosotros al anochecer —concluyó Wenjie, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de excitación y preocupación—. Estos son A03, A12, A15 y A19. Son leales a la misión original de Babel.

Mientras los androides Serie A permanecían en una respetuosa pero alerta espera, Isabel y Carlos compartieron con Wenjie la información que habían obtenido en la base del Ascensor Orbital: los planes de Filoni para Refugio, el desmantelamiento de sistemas críticos del Arca.

—Así que es peor de lo que pensábamos —murmuró Wenjie, asimilando la gravedad de la situación—. No solo quiere escapar, va a llevarse el Arca con él.

—Tenemos que detenerlo —afirmó Isabel—. Y debemos hacerlo antes de que Aníbal regrese. No sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que Filoni decida que es hora de irse. La *Lázaro* podría estar ya de vuelta.

Decidieron establecer una vigilancia desde las ventanas del Ayuntamiento. Su posición central les ofrecía una

vista privilegiada del amplio espacio abierto que se extendía entre ellos, el Anfiteatro, que protegía el Ascensor Orbital y, más al sur, el Laboratorio Genético. Formando una especie de plaza o zona abierta. Ellos habían evitado cruzarla por su falta de cobertura, pero los serie B la usaban para desplazarse rápidamente de un edificio a otro.

Pasó un tiempo en tensa espera. Aprovecharon para comer algo de los suministros que A05 les había entregado aquella mañana. El sol empezó a descender en el cielo de Artemisa, tiñendo las nubes de tonos anaranjados y púrpuras. Fue entonces cuando Carlos, apostado en una ventana del piso superior, notó el cambio.

—Movimiento —anunció—. Las patrullas Serie B. Están cambiando su patrón.

Isabel y Wenjie se unieron a él. Efectivamente, los pocos Serie B que habían visto moverse esporádicamente por la colonia ya no parecían estar buscando activamente. En su lugar, estaban tomando posiciones fijas. Vieron a dos androides apostarse en la entrada principal del Laboratorio Genético, y otros dos tomar posiciones en los arcos de acceso de la base del Ascensor Orbital, reforzando al centinela que ya estaba en la isla central.

—Ya no nos buscan —observó Isabel, con el ceño fruncido—. Ahora están protegiendo los puntos de salida de Filoni. Eso significa...

—Que Filoni sabe que estamos sueltos y que somos una amenaza —completó Carlos, su voz sombría—. Y probablemente sabe que hemos reactivado a los Serie A.

Justo en ese momento, sus temores parecieron confirmarse. Desde su posición elevada, vieron a un Serie B, quizá el que había estado vigilando la isla central del Ascensor Orbital moverse con súbita urgencia. Cruzó el arco sur del edificio que rodeaba la piscina del Ascensor Orbital y se dirigió corriendo a través del inmenso patio hacia el Laboratorio Genético.

—¡Miren! —exclamó Wenjie, señalando—. Ese serie B... habrá pasado algo? ¿Aníbal?.

—No lo sabemos —reflexionó Isabel. —Puede ser cualquier cosa. Un fallo de energía, un imprevisto con el Arca, la llegada del Lázaro...

—Si es el Lázaro —intervino Carlos —quizá Filoni se apresure a abordarlo.

—Tenemos que actuar ahora —declaró Isabel, su decisión tan firme como el acero—. No podemos dejar que se vaya con el Arca, o con lo que quede de ella.

—Probablemente haya cuatro o cinco serie B armados en ese edificio. Necesitamos a Aníbal. No creo que esta vez pregunten antes de disparar.

—En realidad —agregó Wenjie —ni siquiera estamos seguros de dónde está Filoni.

El pequeño grupo permaneció en silencio, observando. El Serie B que había cruzado el patio desapareció dentro del Laboratorio Genético. Los minutos se alargaron, cargados de una tensión expectante. Desde las ventanas del Ayuntamiento, Carlos, Isabel y Wenjie, junto con los cuatro Serie A que aguardaban sus órdenes, no apartaban la vista. Cualquier movimiento podría ser la señal que esperaban, o la que temían.

A pesar de sus temores iniciales, no sucedió nada durante un rato. El patio volvió a quedar desierto, salvo por las guardias fijas que Filoni había apostado. Esta aparente calma tuvo un efecto ligeramente relajante en el grupo. Quizá el androide solo había ido a entregar un informe rutinario. Quizá Filoni aún no estaba listo para moverse.

—Tal vez de tiempo a que llegue Aníbal —murmuró Wenjie, aunque sin mucha convicción.

—No podemos confiarnos —replicó Carlos—. Filoni es errático. Pero es probable que Aníbal no tarde.

Justo cuando comenzaban a debatir si debían intentar alguna acción de reconocimiento o simplemente esperar, la situación cambió de nuevo. El mismo Serie B que había entrado en el Laboratorio Genético salió de nuevo y regresó con la misma prisa hacia su puesto en el Ascensor Orbital. Poco después de que este retomara su vigilancia, cinco Serie B adicionales emergieron de la entrada principal del Laboratorio. En lugar de dispersarse o tomar nuevas posiciones de guardia, establecieron un perímetro defensivo alrededor de la puerta del edificio.

Casi de inmediato, otros androides comenzaron a sacar deslizadores cargados con contenedores y equipamiento desde el interior del Laboratorio. Los apilaban ordenadamente cerca de la entrada, bajo la atenta mirada de la escolta armada.

—Ahora sí —dijo Isabel, su voz tensa—. Están moviendo suministros.

Desde su posición, no podían distinguir con exactitud el contenido de los contenedores, pero la naturaleza de la operación era inconfundible. Eran módulos compactos, algunos con indicadores de soporte vital, otros parecían unidades de procesamiento de alimentos o sistemas de purificación de agua; equipamiento esencial para la supervivencia autónoma, no para el mantenimiento de una colonia o el reabastecimiento de una nave estelar del tamaño del Arca.

—Eso...—observó Carlos, su tono sombrío—. Son los suministros de Refugio.

Y entonces, como confirmando sus peores sospechas, Isaac Filoni apareció en la entrada del Laboratorio. Vestía un traje de viaje funcional, diferente al uniforme de Director que solía llevar. Estaba flanqueado por otros cinco Serie B fuertemente armados, formando una escolta personal compacta. Inspeccionó brevemente los suministros apilados, dio unas órdenes concisas a los androides de carga, y luego, con un gesto impaciente, indicó a su escolta que se preparara para moverse.

No cabía duda. Sólo se les ocurría una razón por la que Filoni dejaría la protección del laboratorio. Se disponía a abandonar Artemisa.

—¡Se va! —exclamó Wenjie, su voz apenas un susurro.

—La Lázaro debe haber llegado—añadió Isabel, una furia fría en sus ojos—. No podemos dejar que llegue al Ascensor.

Carlos asintió, su rostro una máscara de dura determinación. El debate interno que había mantenido con Isabel pareció resolverse en ese instante, no por una conversión filosófica, sino por la cruda necesidad del momento. Filoni era la amenaza inmediata, y su huida significaba el fin de cualquier esperanza.

—A19, prepárate —ordenó Carlos, su voz adquiriendo el tono de mando que tan raramente usaba—. Tú tienes el único rifle funcional por ahora. Creo que esta es una buena posición. Los demás, salvaremos la distancia desde el piso inferior. Nos moveremos rápido. Isabel, Wenjie, manténganse detrás de los Serie A. Danos 90 segundos para situarnos y cúbrenos desde aquí. Primero ese centinela —señaló al guardia del arco del Ascensor más cercano —después a la escolta armada de los suministros. Ya.

Sin más deliberación, el pequeño grupo salió de la sala de registros y descendió rápidamente las escaleras del Ayuntamiento. Se dirigieron a la salida que daba al gran patio, la más próxima al imponente edificio del Ascensor Orbital. El sol del atardecer proyectaba largas sombras que ofrecían una precaria cobertura mientras se preparaban para cruzar el espacio abierto. El momento de la confrontación había llegado, lo quisieran o no.

Carlos contaba mentalmente hasta 90 mientras dirigía al grupo hasta la salida. Llegaron con pocos segundos de margen. El grupo de Filoni ya había formado y se disponía a cruzar el patio.

El primer disparo de A19, desde la ventana del piso superior del Ayuntamiento, resonó en la quietud del atardecer. El pulso de energía impactó en el pecho del Serie B que guardaba el arco más cercano del

Anfiteatro, haciéndolo tambalear. Pero el androide, aunque dañado, no cayó. Antes de que pudiera recuperar la compostura o devolver el fuego, un segundo disparo, más certero, lo alcanzó en el procesador central. El Serie B se desplomó, sus sistemas apagándose con un chirrido metálico.

La reacción del grupo de Filoni fue instantánea. Cuatro de los cinco Serie B que escoltaban los suministros se adelantaron, levantando sus rifles coloniales y abriendo fuego nutrido hacia la azotea y las ventanas superiores del Ayuntamiento, donde suponían el origen de los disparos. Los pulsos de energía trazaban líneas brillantes en el aire crepuscular, impactando contra la fachada del edificio y levantando esquirlas de hormigón. El quinto Serie B de la escolta de suministros permaneció alerta, cubriendo a Filoni y a los androides de carga, que se detuvieron momentáneamente, confundidos.

—¡Ahora! ¡Vamos! —gritó Carlos, aprovechando la distracción.

Él, Isabel, Wenjie, A03 y A12 se lanzaron a la carrera, cruzando la docena de metros de espacio abierto que los separaba del arco recién "despejado". El suelo vibraba bajo sus pies mientras corrían, el sonido de los disparos de la escolta de Filoni ensordecedor a sus espaldas. A15, a pesar de su cojera, intentaba

mantener el ritmo junto a Wenjie, quien corría en su lado más expuesto.

La escolta de Filoni, aunque inicialmente centrada en A19, no tardó en percatarse del movimiento en tierra. Con una eficiencia brutal, uno de los Serie B giró su arma y disparó hacia el grupo que corría. El pulso alcanzó a A15 en el brazo, arrancándole un trozo de blindaje y haciéndolo trastabillar. Wenjie ahogó un grito y lo ayudó a seguir adelante, mientras A12 con movimientos extraños, trataba de despistar a los atacantes.

A03 alcanzó el primero la relativa seguridad del arco. Recogió el rifle colonial del Serie B abatido y empezó a devolver el fuego, obligando a los atacantes a moverse para no ser un blanco fácil. Eso les permitió al resto llegar hasta él sin ser impactados. El espacio, sin embargo, no era muy grande. A03 impactó un serie B mal cubierto. Por desgracia, al disparar, otro logró alcanzarlo a él. Estaban atrapados bajo el fuego de supresión de los Serie B, y Filoni, con su escolta personal y los suministros, estaba llegando a la otra entrada del anfiteatro.

—¡Cubríos! —ordenó Carlos, mientras cogía el rifle de A03 que ahora tenía el brazo ennegrecido. Él e Isabel se parapetaban tras las gruesas columnas del arco. Wenjie ayudaba a A15 a ponerse a cubierto, examinando el daño en su brazo. A03 se acercó a ella

mientras A12 trataba de inspeccionar el interior del edificio.

El fuego de los Serie B era intenso y preciso. Los pulsos de energía impactaban peligrosamente cerca, obligándolos a mantenerse pegados a sus coberturas. A19 había cambiado su posición reptando sin ser visto y volvió a disparar contra un serie B. Impactó pero varios de sus compañeros obligaron al serie A a esconderse de nuevo.

—¿Podemos entrar!? —gritó Isabel a A12 por encima del estruendo—. ¡Filoni va a escapar!

Justo en ese momento, la situación empeoró. A12 se giró para responder cuando otro Serie B, probablemente uno de los centinelas que guardaba otro arco del Anfiteatro, alertado por los disparos, apareció por el corredor interior, impactando con un pulso de energía de su rifle al androide en pleno torso. Un chirrido agudo escapó de sus sistemas mientras caía pesadamente al suelo, su luz de batería parpadeando frenéticamente antes de apagarse por completo.

—¡A12! —gritó Wenjie, horrorizada.

Carlos tenía buen ángulo y devolvió el fuego antes de que el androide encañonara a la astrofísica.

—¡Maldición! —exclamó Carlos —¡Nos tienen rodeados!

—Están usando armas contra nosotros... —murmuró Isabel, su voz teñida de incredulidad y rabia. Había visto como apuntaba a Wenjie con intención inequívoca de disparar—. ¡Eso es contrario a su programación fundamental!

Con un ágil movimiento rodó por el suelo para alcanzar el arma del serie B recién caído. No lo consiguió. Trató de mirar al interior pero dos disparos la obligaron a ocultarse.

Filoni, mientras tanto, no había perdido el tiempo. Viendo que el grupo de Carlos estaba inmovilizado y bajo fuego intenso, él y sus suministros habían entrado por uno de los arcos más alejados del Anfiteatro, buscando la seguridad del interior y el camino hacia la *Lázaro*.

El grupo de Carlos se encontraba en una trampa mortal. Acorralados, superados en número y armamento, con dos de sus androides aliados fuera de combate, y Filoni a punto de consumir su huida. La esperanza parecía desvanecerse con cada pulso de energía que impactaba a su alrededor.

Capítulo 6: Sacrificios

Aníbal y A05 habían alcanzado el interior de la Factoría de Herramientas. El ambiente aquí era más ordenado, menos caótico que el de la Factoría de Droides, con maquinaria de precisión alineada y estaciones de trabajo meticulosamente organizadas. Sin embargo, su búsqueda de armamento no había sido fructífera. Habían evitado una patrulla de serie B y recorrido las salas de ensamblaje sin encontrar nada que pudiera servirles.

—No hay nada —gruñó Aníbal, su frustración evidente mientras cerraba de golpe la puerta de un armario de almacenamiento vacío—. Los esquemas de los rifles coloniales están en el sistema, pero podemos fabricarlos en poco tiempo y sin ser detectados. Las líneas de ensamblaje están paradas, y no hay componentes listos. Toda la producción está en manos de sus Serie B. No hay excedentes. ¿Algún otro almacén?

A05 negó. En ese momento revisaba una terminal de diagnóstico.

—La producción de munición también está centralizada y controlada. —lamento —Podríamos intentar reactivar una impresora 3D para fabricar componentes básicos para armas improvisadas, pero llevaría tiempo.

Aníbal negó con gravedad. Habían perdido minutos preciosos en una búsqueda inútil. La idea de Wenjie y los otros esperando, dependiendo de que él consiguiera refuerzos, le pesaba.

—Nos hemos demorado demasiado —decidió Aníbal—. Volvemos al Ayuntamiento. Con lo que sea que tengamos. Hemos recogido algunas piezas y herramientas y tenemos una idea de lo que hay aquí. Trazaremos un nuevo plan.

Salieron de la Factoría de Herramientas con la misma cautela con la que habían entrado. Ya no llovía. Su ruta de regreso prevista los llevaría de nuevo por el borde del gran patio central. Sin embargo, al acercarse, Aníbal detectó el cambio en la disposición de los Serie B: los nuevos centinelas apostados en los accesos al Anfiteatro.

—Mierda —masculló, deteniéndose al abrigo de una estructura de tuberías—. Ahora hay guardias apostados en los accesos al Ascensor Orbital. Habrá que dar un buen rodeo.

A05 reflexionó un momento. —La ruta más segura implicaría rodear el Laboratorio Genético por su parte trasera. Es un desvío considerable, pero minimizaría la exposición.

Aníbal sentía que se demoraban pero decidió volver sobre sus pasos. Con tantos droides aquí era posible

que el resto de la base estuviese menos vigilada y pudieran moverse rápido. Sin embargo no se habían alejado demasiado cuando el eco inconfundible de disparos de rifles coloniales rompió la quietud del atardecer. Múltiples disparos, rápidos y sucesivos. Provenían de la dirección del Ascensor Orbital.

Aníbal se tensó al instante. —¡Problemas! ¡Son ellos!

A05 orientó sus sensores auditivos. —Se detectan múltiples fuentes de energía de pulso. El combate es intenso. Las trayectorias sugieren fuego cruzado cerca del acceso oeste del edificio del Anfiteatro.

—¡La que da al Ayuntamiento! —exclamó Aníbal —No hay tiempo para rodeos —declaró endureciendo su rostro. La preocupación por sus compañeros superó cualquier consideración táctica de sigilo. Apretó con más fuerza la barra metálica y el rifle que llevaba—. ¡Vamos, A05! ¡Tenemos que llegar allí!

Abandonaron cualquier pretensión de sigilo y se lanzaron a la carrera, tomando la del borde del complejo industrial hacia el gran patio. Aníbal se movía con velocidad y agilidad, A05 siguiéndolo con sus eficientes zancadas metálicas.

Llegaron al borde del inmenso patio justo cuando Filoni, con su escolta personal y los deslizadores cargados de suministros, desaparecía por el arco sur del edificio del Ascensor. La escena que se desplegó ante ellos fue

caótica: el grupo de Carlos estaba claramente atrapado en el arco oeste, bajo un intenso fuego proveniente de tres Serie B apostados en el patio. Otro androide B debía estar disparando desde el acceso norte del Anfiteatro. Desde una ventana del Ayuntamiento, un solitario francotirador, probablemente uno de los serie A intentaba ofrecer fuego de supresión.

Los tres Serie B del patio, concentrados en el grupo de Carlos y en el francotirador del Ayuntamiento, estaban completamente expuestos por la retaguardia a la posición de Aníbal.

—¡A05! —ordenó Aníbal —Junto a esa pared. Quédate quieto.

El androide obedeció. El soldado apoyó el rifle colonial en el hombro de A05 y su espalda contra el muro. Relajó su respiración y su mundo se redujo a la mira del rifle y a los objetivos.

El primer Serie B del patio, el que parecía más adelantado, fue su elección. Empezaba a anochecer y la luz no era buena. Tendría que bastar. Aníbal ajustó la mira, cerró el ojo izquierdo, detuvo la respiración y apretó el gatillo. El pulso de energía salió disparado, cruzando el patio en una fracción de segundo. El impacto fue certero, alcanzando al Serie B en la unión del torso y la cabeza. El androide se convulsionó y cayó, levantando una nube de polvo.

Uno menos.

Los otros dos Serie B del patio, sorprendidos por el ataque inesperado desde su retaguardia, comenzaron a girar, buscando al nuevo agresor. Pero antes de que pudieran localizarlo, otro fué alcanzado en el torso.

La pausa en los disparos, permitió a Carlos asomar la cabeza. A19 aprovechó su posición para rematar al droide herido. Solo un serie B quedaba en pie. Viéndose rodeado, se refugió rápidamente por la puerta donde había entrado Filoni.

Aníbal se abstuvo de cruzar el patio. Significaba quedar muy expuesto. La oscuridad iba en aumento mientras se ponía el sol. Apenas podía distinguir a sus compañeros agazapados junto a la entrada oeste del edificio. Pero debía comunicarse con ellos.

—¿Puedes emitir destellos? —preguntó a A05.

El androide lo miró interrogativamente.

—Llevamos una luz incorporada —afirmó —pero encenderla ahora podría ser peligroso.

Aníbal consideró que era cierto, era llamar la atención sobre ellos pero sin poder comunicarse por radio le pareció el sistema más eficiente.

—Los serie A están con ellos —explicó —¿crees que puedes situarte en un ángulo poco expuesto pero visible desde su posición y enviar un mensaje en morse o binario a base de parpadeos luminosos? Quizá desde esa esquina.

A05 comprendió y se dirigió se situó en un punto en el que el edificio del ascensor quedaba totalmente oculto salvo su extremo más occidental, que era el acceso donde estaban sus compañeros.

Isabel, parapetada tras una columna, seguía pendiente del interior del Anfiteatro. Su espacio interior, cubierto casi en su totalidad por la gran piscina en cuyo centro estaba la isla, reflejaba el color rojizo del atardecer. Desde allí, varios disparos impactaban cerca de ella. No estaba segura de cuantos serie B armados había dentro pero estaba segura que al menos 2 estaban en la isla central. A12 yacía inmóvil junto a ella y el droide que lo había matado estaba tumbado al otro lado del parapeto. Su rifle también. Era un riesgo, pero necesitaban más potencia de fuego. Buscó a su alrededor. Usó un trozo de metal retorcido y su propio cinturón para improvisar un lazo con el que logró enganchar el rifle y arrastrarlo hacia ella sin exponerse demasiado. Lo empuñó con manos firmes.

En ese momento un sonido intenso llamó su atención. Miró hacia arriba y entonces lo vio: el ascensor, una plataforma circular, claramente iluminada por el sol antes de entrar en la penumbra del planeta descendía rápidamente hasta la isla. Filoni y su séquito de droides cargadores se movían por una de las pasarelas flotantes hacia la isla central. El tiempo se agotaba.

Wenjie se encontraba ligeramente abrumada. A15 y A03, ambos con un brazo inservible, estaban junto a ella. Sus ojos brillaron cuando oyó caer al primer serie B alcanzado por un tiro misterioso y se atrevió a mirar para ser testigo de cómo una rápida sucesión de disparos despejaba el patio. Carlos, aún junto a la columna después de abrir fuego, miraba tratando de ver al misterioso aliado.

—Patio despejado —oyó decir al joven.

Sin embargo los impactos del fuego que venía del interior se seguía oyendo contra el marco del arco y las paredes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Wenjie en voz alta

Como respondiendo a su pregunta captó una rápida secuencia de destellos de luz al otro lado del patio.

A15, a su lado, había interpretado el patrón.

—Es Aníbal —tradujo —pregunta si es seguro cruzar el patio.

Todos lo oyeron pero Isabel fue la primera en responder.

—¿Puedes responder? —pregunto —dile que dentro hay varios serie B armados. Alguno podría estar apuntando al patio —reflexionó. A15 inmediatamente empezó a hacer destellar su luz auxiliar. —Acaba de llegar el ascensor. —añadió —Filoni se irá en cualquier momento.

Carlos pensaba rápidamente. Había estado en el interior del edificio y recordaba su distribución.

—Tratemos de envolverlos —propuso. —Aníbal puede entrar por la puerta Este sin exponerse a pasar por el patio. Mientras yo alcanzaré el acceso norte. —Reflexionó un momento y siguió. —La puerta sur puede estar protegida así que di a A19 que se reúna aquí con vosotras. Cuando llegue, empezad a disparar. Aníbal y yo haremos lo propio desde las otras puertas. Con un fuego cruzado podremos detenerlos. Hay que impedir que Filoni llegue al ascensor.

Estuvieron de acuerdo. Aníbal mandó su confirmación y dejaron de ver su sombra. El sol se ponía y la penumbra empezaba a imponerse.

Carlos se deslizó fuera del arco, pegándose a la pared exterior del colosal edificio, aprovechando las sombras que se alargaban con el ocaso. Se llevó un buen susto cuando de repente la iluminación artificial de la base se encendió. Por un momento, creyó que había sido descubierto. No pasó nada. Siguió su carrera hacia el acceso norte.

Los dos Serie B apostados en la isla central mantenían al grupo de Isabel inmovilizado mientras los droides cargaban el ascensor. Filoni había decidido permanecer oculto junto al acceso sur protegido por tres serie B armados, alguno de los cuales, de tanto en tanto, también hacía fuego sobre el portal oeste, dónde Isabel esperaba la llegada de A19. Se asomó con cautela, usando el reflejo en un panel metálico dañado para ubicar a sus enemigos. Logró devolver un par de disparos, obligando a uno de los androides de la isla a buscar mejor cobertura, pero la distancia era considerable y su posición, precaria.

Aníbal y A05 alcanzaron el acceso Este con prontitud. El ex soldado se aproximó con cautela pero pronto se dio cuenta de que el guardia de ese acceso debía haber cambiado de posición ya que nadie guardaba la entrada. A05 parecía entender perfectamente los gestos

de Aníbal, algo que agradeció, y ambos accedieron al interior del edificio circular sin ser detectados. Las luces del interior se habían encendido, dando una buena iluminación a sus objetivos. Se colocó en una buena posición y esperó.

A19 llegó junto a Isabel en el momento en que Filoni iniciaba su travesía sobre el puente para alcanzar el ascensor. En ese momento, los dos de sus escoltas iniciaron fuego a discreción sobre ellos. Con 4 serie B disparando, Isabel y A19 no podían devolver el fuego sin arriesgarse.

Aníbal lo vió. Apuntó con su rifle a Filoni. Quizá podría haberlo alcanzado pero una cosa era destruir androides y otra distinta matar a alguien. No estaba seguro de hacerlo. Seleccionó otro objetivo. El serie B que era su escolta no disparaba. Tenía su rifle preparado pero permanecía atento a cualquier amenaza imprevista. Desgraciadamente para él, estaba más pendiente de su retaguardia, del acceso sur, que de su posición.

Filoni gritó de rabia cuando su visión periférica captó como su droide escolta caía al agua después de ser alcanzado por un disparo a su izquierda. Los droides que iban con él, giraron inmediatamente para hacer fuego en dirección a la nueva amenaza mientras Filoni

iracundo y temeroso iniciaba una carrera hasta el ascensor.

Esa breve pausa fue suficiente. Isabel y A19 aprovecharon para salir y abrir fuego sobre los serie B de la isla. Uno de ellos fué alcanzado mientras el otro cambió su posición para cubrir a Filoni en su carrera.

—¡Filoni está llegando al ascensor! —gritó Wenjie, señalando hacia la isla central.

Desde el acceso norte, oculto por la propia estructura del ascensor y la pasarela que conducía a él, Carlos no podía ver la escena. Pero oyó el grito de la menuda Wenjie. Filoni estaba a punto de escapar.

—¡Va a subir! —exclamó Isabel. Sin pensarlo trató de darle pero los droides de carga se interponían ya y no acertó.

Carlos no dudó. Salió de su cobertura y corrió por la pasarela norte hacia la isla. Los Serie B de la escolta de Filoni no podían verle, pues todos estaban al otro lado del ascensor y su atención estaba dividida entre el ataque de Aníbal desde el este y el grupo de Isabel en el oeste. Carlos era una bala. Saltó a la plataforma del ascensor justo cuando la rampa de acceso comenzaba a retraerse y las puertas empezaban a cerrarse. Un instante después, una fuerza invisible lo aplastó contra el suelo de la cabina. El ascensor había iniciado su vertiginoso ascenso.

Ya había anochecido y en su rápida aceleración, pronto se convirtió en un punto de luz perdido en la creciente oscuridad del cielo de Artemisa.

—¡No! —gritó Isabel, la frustración y la impotencia tiñendo su voz. Había visto a Carlos correr hacia la isla, pero la confusión del combate y la rápida secuencia de eventos le habían impedido ver el desenlace exacto de su acción.

Aníbal, desde el acceso este, maldijo en voz baja. Había neutralizado al escolta de Filoni, pero el objetivo principal se les había escurrido entre los dedos. Su mirada se cruzó con la de A05, ambos conscientes de la gravedad del momento.

En la isla central, la situación se había simplificado drásticamente. De los dos Serie B que la defendían, uno había sido alcanzado por el fuego combinado de Isabel y A19. El otro, ahora sin la presión del fuego cruzado y con Filoni a salvo en el ascensor, giró su atención completamente hacia el acceso oeste, donde Isabel, Wenjie, A03 y A15 seguían ofreciendo la mayor amenaza visible. Los dos Serie B restantes que habían acompañado a Filoni hasta el ascensor (el del arco sur y el superviviente del patio) ahora se encontraban en una posición expuesta en la pasarela, sin su líder que proteger y con enemigos a ambos lados.

—¡A cubierto! —advirtió A19, mientras el Serie B de la isla empezaba a disparar de nuevo.

Aníbal no perdió el tiempo. Dirigió su frustración contra los droides, ahora expuestos y su rifle empezó a vomitar rápidas ráfagas. El exsoldado avanzó con decisión por el interior del edificio, usando las propias estructuras de soporte de las pasarelas como cobertura. Los dos Serie B de la antigua escolta de Filoni, ahora desorientados, tardaron en reaccionar. Aníbal acertó al más cercano mientras corría.

Mientras A05 se movía con una agilidad sorprendente para un androide de su tipo, en dirección contraria, los Serie B no sabían dónde disparar. Isabel y A19 aprovecharon la distracción para concentrar su fuego. Los pulsos de energía impactaron contra las improvisadas defensas del androide en la isla.

Wenjie, mientras tanto, contemplaba la escena con cierta impotencia. Aunque hubiese tenido un arma, no hubiese sabido usarla. El ascensor había iniciado el ascenso pero aún tardaría varios minutos en llegar a la órbita. ¿Cómo podían detenerlo? No podían dañarlo o su misión de reparar el Arca no sería posible. Necesitaba un terminal —¿Pueden acceder a los controles de la terminal de la isla desde aquí? —preguntó Wenjie a los androides que la acompañaban—. ¡Hay que detener ese ascensor!

La batalla por la isla fue breve pero intensa. A05, desde un flanco, casi es alcanzado por el droide de la isla cuando Isabel lo impactó con un disparo certero que lo desestabilizó e hizo caer de bruces. Simultáneamente, Aníbal neutralizaba al segundo Serie B de la pasarela con una intensa ráfaga que lo lanzaba al agua. El silencio que siguió fue casi ensordecedor, roto solo por el zumbido distante del ascensor orbital y las respiraciones agitadas de los supervivientes.

—¿Carlos? —preguntó Isabel, mirando hacia la isla ahora silenciosa, y luego hacia el cielo—. ¿Alguien vio a Carlos?

Wenjie negó con la cabeza, la preocupación evidente en su rostro. Aníbal se acercó al grupo, su expresión sombría.

—Lo vi correr hacia la isla justo antes de que el ascensor partiera. Creo... creo que logró subir.

Un nudo se formó en el estómago de Isabel. Carlos, solo, en un ascensor con Filoni.

—Tenemos que intentar contactar —dijo Aníbal, dirigiéndose a la consola principal en la isla central, ahora accesible. Isabel y Wenjie lo siguieron, junto con A05 y A19. Los dañados A03 y A15 montaban guardia en los accesos.

Wenjie examinó la consola. Las luces parpadeaban, mostrando el estado del ascensor: "Ascenso en

progreso. Destino: Arca. Controles locales bloqueados. Comando prioritario activado".

—Maldita sea —masculló—. Todo está bloqueado. No podemos detenerlo, ni desviarlo, ni comunicarnos. Cualquier acción podría dañar el ascensor.

Isabel apoyó una mano en la consola, sintiendo la fría vibración de la maquinaria. Miró hacia el techo, como si pudiera ver a través de los kilómetros de estructura y atmósfera hasta el punto de luz que se alejaba. Carlos estaba solo. Y ellos, por ahora, solo podían esperar y prepararse para lo que viniera después. La batalla por Artemisa había terminado, pero la lucha por el futuro de la humanidad apenas comenzaba, y ahora una parte crucial de esa lucha se desarrollaba a miles de kilómetros sobre sus cabezas.

Capítulo 7: Lucha

La cabina del ascensor era un cilindro metálico funcional, apenas iluminado por unas luces de servicio empotradas en las paredes. Montones de contenedores de suministros, asegurados con correas magnéticas, ocupaban la mayor parte del espacio. Carlos, aplastado contra el suelo por la brutal aceleración inicial, apenas tuvo tiempo de orientarse antes de que la fuerza G lo inmovilizara por completo. Jadeando, logró arrastrarse los pocos centímetros que lo separaban de un hueco entre dos grandes cajas metálicas. Se estiró boca arriba, intentando distribuir la presión sobre su cuerpo de la forma más uniforme posible. El rifle se quedó dónde había caído, razonablemente cerca. Un frío consuelo en aquella trampa ascendente. Cerró los ojos, concentrándose en respirar, mientras el ascensor se catapultaba hacia las estrellas, dejando Artemisa y a sus compañeros atrás.

El viaje pareció una eternidad suspendida en un rugido constante y una presión implacable. Carlos no tenía forma de medir el tiempo, solo la sensación de su cuerpo al límite. Calculaba que llevarían cerca de media hora en ese infierno vertical cuando, de repente, el mundo dio un vuelco. La opresiva fuerza G desapareció como por arte de magia, reemplazada por una extraña ligereza. Objetos sueltos en la cabina comenzaron a flotar perezosamente. El propio suelo bajo él pareció iniciar una lenta rotación, una maniobra de realineación

para la fase de frenado, aunque el mecanismo exacto era un misterio para él.

Desorientado por la súbita ingravidez, Carlos intentó aferrarse a los contenedores. La cabina entera pareció dar un vuelco sobre sí misma, una lenta y controlada rotación de ciento ochenta grados dictada por la guía luminosa que ahora trazaba un gigantesco lazo invisible en la negrura del espacio. Los miembros de Carlos, acostumbrados a la lucha contra la gravedad artificial, se movieron con torpeza. En ese instante de confusión, ¡El rifle! El arma, liberada de su peso, se elevó lentamente, girando sobre sí misma en el aire inmóvil de la cabina.

Al otro lado del compartimento, Isaac Filoni, cómodamente sentado en un asiento adaptado para el ascenso, había soportado el ascenso con la estoica resignación, observaba la maniobra de rotación con atención. Sus ojos, fríos y calculadores, se abrieron ligeramente al ver el rifle colonial flotando en su campo de visión. Siguió su trayectoria con la mirada hasta descubrir la figura de Carlos, que luchaba por estabilizarse entre los contenedores.

Justo cuando Filoni abría la boca para hablar, la segunda sacudida los golpeó. La deceleración. Tan brutal como la aceleración, pero en sentido inverso. Carlos fue despedido de su agarre precario y se estrelló de nuevo contra el suelo de la cabina, el aire escapando

de sus pulmones con un gemido ahogado. El rifle cayó con un golpe metálico a varios metros de él, más cerca de Filoni.

Un silencio tenso llenó la cabina, solo roto por el silbido del sistema de ventilación y la respiración entrecortada de Carlos. Se incorporó con dificultad, cada músculo protestando. Filoni lo observaba, una expresión indescifrable en su rostro. No parecía sorprendido, más bien... resignado.

—Carlos Duque —dijo Filoni finalmente, su voz tranquila a pesar de la situación—. Siempre supe que eras el más... inteligente del grupo. ¿Te has animado a venir conmigo?.

Carlos trató de moverse pero después de la ascensión y el último golpe desechó la idea. El rifle estaba demasiado lejos. Filoni estaba más cerca.

—Sinceramente —reconoció Carlos — no estoy seguro. Pero llevarte el Arca, Filoni. Condenar a la humanidad.

Filoni soltó una risa corta, carente de humor.

—La humanidad... un concepto abstracto, Carlos. Una idea. El Arca es una máquina. Lo que importa, lo único que realmente importa, es la conciencia individual. La tuya. La mía. La supervivencia.

Se esforzó por moverse. Era inútil. Filoni tampoco se levantaría. ¿Cuánto tardaría el ascensor en llegar? Al menos ahora podría charlar un poco.

—Tus droides me han disparado —se quejó.

—Vamos —argumentó el director —sé razonable. No habéis sido muy obedientes que digamos. Vosotros fuisteis los primeros en dañar a mis androides.

Carlos tuvo que reconocer que era cierto. Wenjie les había contado como habían conseguido los primeros rifles.

—Nos engañaste. Pretendes llevarte el Arca contigo. La humanidad desaparecerá.

—Para nada —negó Filoni —la humanidad se condenó al explorar tan alegremente la galaxia. Se encontró con algo que no comprende y ha sido incapaz de sobrevivir. Yo sobreviviré a los Oscuros.

—La humanidad también es capaz. El Arca puede escapar —protestó Carlos

—Estás aquí, atrapado conmigo, ascendiendo hacia una nave que pretendes "salvar" para otros. ¿Para qué? ¿Para que tus "copias" vivan una vida que tú no recordarás? Son ecos, Carlos. Sombras. Si mueres aquí, tú, el Carlos original, desapareces para siempre.

Carlos sintió un escalofrío. Las palabras de Filoni eran un reflejo perverso de sus propios miedos, de la conversación que había tenido con Isabel.

—¿Y tu solución es esconderte en Refugio? —replicó Carlos, intentando ganar tiempo, buscando una fisura en la lógica o en la determinación de Filoni—. Por los datos que tenemos, Refugio es poco más que una roca flotando en el espacio. ¿Dejar que Artemisa arda y que el Arca se pierda? ¿Qué te hace pensar que los Oscuros no te encontrarán allí?

—Refugio es una oportunidad —afirmó Filoni, sus ojos brillando con una convicción febril—. Un nuevo comienzo, sin las ataduras del pasado, sin las señales de radio que atraen a la muerte. Artemisa está condenada desde que envió esa estúpida señal de confirmación a Babel. El Arca, si sigue el plan original, solo llevará a esas copias a otra tumba. Pero nosotros, Carlos... nosotros podemos sobrevivir.

Hizo una pausa, su mirada penetrante.

—Piénsalo. Tu deseo de vivir es fuerte. Lo veo en tus ojos. Llevamos los suministros. Una vez en órbita, la Lázaro está lista. Hay sitio para dos en Refugio, si somos... pragmáticos Refugio puede ser realmente cómodo. Con tu habilidad, con tu instinto de supervivencia, serías un activo invaluable. Juntos, podríamos asegurar que *algo* de la humanidad continúe. Un pequeño enclave, sí, pero vivo. Respirando. Cuando los oscuros se hayan ido, veremos

qué opciones tenemos. Y si los oscuros no vienen, regresaremos y seguiremos la misión.

Carlos guardó silencio. La oferta era tentadora, un susurro venenoso que apelaba a la parte más primitiva de su ser. Recordó el rostro de Isabel, su fe inquebrantable en un bien mayor. ¿Podría realmente abandonar todo eso por una promesa incierta de Filoni? ¿Por una posibilidad remota?

—¿Y qué pasaría con los demás? —preguntó, su voz apenas un murmullo—. ¿Isabel, Wenjie, Aníbal? ¿Los que se quedan abajo?

Filoni encogió ligeramente los hombros, un gesto que transmitía una indiferencia escalofriante.

—Sacrificios necesarios. La supervivencia tiene un precio. Ellos tomaron su decisión al enfrentarme. Tú aún puedes tomar la tuya. El ascensor está a punto de llegar al Arca. Decide, Carlos. ¿Un mártir olvidado o un superviviente?

La tensión en la cabina era palpable. El destino de Carlos, y quizás el de la humanidad, pendía de un hilo, mientras el ascensor continuaba su inexorable ascenso hacia el Arca, que esperaba silenciosa en la negrura del espacio.

El suave temblor que recorrió la estructura del ascensor anunció su llegada. Las luces indicadoras de atraque parpadearon en verde y la presión de la deceleración

decrecía. Carlos estaba entumecido. Por un instante, ni él ni Filoni se movieron, el eco de las últimas palabras del director flotando entre ellos. Temía que cualquier gesto podía hacer reaccionar al director. El acople terminó y la gravedad volvió a ser 0.

Fue Filoni, que había ascendido en mejores condiciones quien, con una agilidad sorprendente para alguien que acababa de soportar el viaje, se impulsó desde su asiento y se lanzó hacia el rifle colonial que yacía en el suelo entre ellos. Carlos reaccionó una fracción de segundo más tarde, pero Filoni ya tenía el arma en sus manos.

—Una lástima, Carlos —dijo Filoni, su voz ahora desprovista de cualquier calidez, el cañón del rifle apuntando directamente al pecho—. Realmente esperaba que eligieras la opción inteligente.

Filoni apretó el gatillo. El pulso de energía salió disparado, pero Carlos, anticipando la traición, se había arrojado a un lado en el último instante. El disparo impactó contra uno de los contenedores metálicos, levantando chispas. Mientras la inercia lo llevaba, Carlos vio un pequeño panel de control en la pared del ascensor, con varios interruptores y lo que parecían ser sellos magnéticos de emergencia para la carga. El rifle disparaba energía. Agarró uno de los gruesos discos metálicos justo cuando Filoni volvía a apuntar.

El segundo disparo fue desviado por el sello magnético que Carlos interpuso instintivamente. La energía del rifle chisporroteó inofensivamente contra el metal denso. Sin embargo, la deflexión envió el pulso rebotado hacia un conjunto de tanques de menor tamaño apilados cerca. Uno de ellos, marcado con símbolos de advertencia química que Carlos no tuvo tiempo de procesar, se perforó con un silbido agudo. Un humo denso y amarillento comenzó a escapar, llenando rápidamente la cabina con un olor acre y sofocante.

—¡Maldición! —tosió Filoni, sus ojos comenzando a lagrimear. El gas era irritante y dificultaba respirar y ver. Decidió que asegurar su huida era prioritario. Dejando atrás los valiosos suministros y a Carlos envuelto en la nube tóxica, Filoni activó la apertura de la puerta del ascensor que daba al interior del Arca y se deslizó por el pasillo, corriendo hacia la bahía de atraque donde esperaba la Lázaro.

Carlos contuvo la respiración tanto como pudo, palpando a ciegas en la humareda hasta encontrar el control manual de la puerta del ascensor. Logró cerrarla, sellando parte del gas dentro, pero la cabina ya estaba saturada. Necesitaba aire limpio. Abrió la puerta que daba al pasillo del Arca y salió tropezando, tosiendo violentamente. El pasillo estaba débilmente iluminado, y al fondo, vio a Filoni desaparecer por una escotilla marcada como "Bahía 3". Por la mampara lateral, podía

verse una estructura que seguro no pertenecía al Arca. Tenía que ser la nave de escape Lázaro.

Apenas podía respirar, sus pulmones ardían. Corrió por el pasillo. Al llegar a la escotilla de la Bahía 3, vio a Filoni dentro, ya en la rampa de acceso de la Lázaro, que parecía lista para el desatraque inmediato. Filoni se giró al oír sus pasos, la sorpresa y la furia mezcladas en su rostro. Volvió a levantar el rifle.

—¡No te irás a ninguna parte! —gritó Carlos, lanzando el pesado sello magnético que aún sostenía con todas sus fuerzas.

Filoni disparó instintivamente. El pulso de energía impactó contra el sello en pleno vuelo, pero la detonación metálica y la energía residual hicieron que el disco saliera despedido con una trayectoria errática. En lugar de golpear a Filoni o su arma, el sello impactó con una fuerza brutal contra el panel de control del mecanismo de acoplamiento de la Lázaro al Arca, justo al lado de la escotilla exterior de la bahía.

Saltaron chispas, seguido de un chirrido metálico aterrador y el súbito aullido de las alarmas de descompresión. Una sección del mamparo exterior de la bahía de atraque, debilitada por el impacto y la tensión del inminente desastre, cedió con una explosión sorda. El aire comenzó a escapar hacia el vacío con una violencia increíble.

Filoni, sorprendido en plena rampa de la Lázaró, perdió el equilibrio. El rifle se le escapó de las manos y fue succionado instantáneamente hacia la brecha. Intentó agarrarse, pero la fuerza de la descompresión era implacable. Con un último grito ahogado que se perdió en el rugido del aire escapando, Isaac Filoni fue arrastrado hacia la oscuridad helada del espacio.

La Lázaró, con su sistema de acoplamiento dañado y zarandeada por la violenta despresurización, se desprendió torpemente. Flotó a la deriva por un momento, sus luces parpadeando erráticamente, antes de que uno de sus estabilizadores, suelto y girando sin control, golpeará con fuerza la estructura exterior del Arca. Un crujido metálico resonó incluso a través del vacío parcial.

Carlos apenas vió como saltaba la compleja antena de escaneo de superficies mientras era arrastrado inexorablemente hacia la brecha. El aire se vaciaba a su alrededor, sus pulmones a punto de estallar. Con un último esfuerzo desesperado, logró aferrarse al marco de la escotilla interior de la Bahía 3. Sus dedos resbalaban, la visión se le nublabá. Aferrándose con una mano, con la otra palpó frenéticamente hasta encontrar el control manual de cierre de emergencia de la escotilla. Con la poca fuerza que le quedaba, lo golpeó.

La pesada puerta comenzó a deslizarse, luchando contra la succión del vacío. Por un instante que pareció una vida entera, Carlos sintió que iba a ser arrastrado. La escotilla se selló. La presión había descendido tanto que no podía respirar. Se ahogaba. Carlos se desplomó en el suelo, inconsciente, incapaz de oír el siseo de la presurización que el sistema auxiliar había iniciado.

Epílogo

El aire de la Factoría de Herramientas vibraba con una energía nueva y frenética. En pocos días se había convertido en un hervidero de actividad. Isabel recordó el eco de sus pasos cuando Aníbal y A05 se lo mostraron; hoy, el ritmo constante de los ensambladores y el brillo de los soldadores pintaban un cuadro muy diferente. Nuevas unidades de la Serie A, réplicas de sus hermanos mayores aunque con componentes recién impresos, salían de la reactivada línea de montaje, sus ópticas azules encendiéndose con una promesa de ayuda.

Observó a Aníbal, su figura imponente moviéndose con una autoridad natural entre los androides, dando instrucciones concisas, supervisando la delicada tarea de reactivar cada sección de la cadena de producción. Su rostro, habitualmente una máscara de seriedad, mostraba una concentración feroz, la de un hombre con una misión que no admitía fracaso. A su lado, A05, cuya programación había trascendido la obediencia a un solo hombre para abrazar la salvaguarda de la humanidad en su conjunto, coordinaba los flujos de energía y materiales con una eficiencia silenciosa.

Wenjie, absorta frente a una consola holográfica. Sus dedos danzaban sobre la interfaz, proyectando esquemas complejos del Arca y diagramas de sistemas dañados. Estaba inmersa en el desafío de la antena de

escaneo de superficies, devanándose los sesos para encontrar una forma de repararla o, en el peor de los casos, de calibrar los sensores de largo alcance del Arca para que les diera al menos una vaga idea de adónde dirigir su única esperanza. Murmuraba para sí misma, una mezcla de jerga técnica y exclamaciones de frustración o súbita iluminación.

Y luego estaba Carlos. Isabel lo empujó suavemente en su silla de ruedas hasta una zona menos ruidosa, cerca de una gran ventana que ofrecía una vista panorámica de los campos de cultivo de Artemisa, un verde exuberante bajo el cielo perpetuamente nublado. Aún necesitaba el respirador, sus pulmones luchando por recuperarse del gas tóxico que casi le cuesta la vida en aquella trampa ascendente. Recordó con un escalofrío el momento en que recuperaron el control del ascensor y al descender las puertas se abrieron en la isla central se abrieron para inundar la noche con aquel desagradable olor. Tuvieron que ventilar durante unos minutos antes de subir de nuevo y encontrarlo allí, tumbado en medio del pasillo del Arca, temiendo lo peor.

Filoni se había ido, arrastrado al vacío por su propia arrogancia. La Lázaró, su preciada nave de escape, era ahora un amasijo de hierros a la deriva, no sin antes haberle arrancado al Arca un trozo vital de su capacidad para ver en la oscuridad del espacio.

—Lo conseguiremos, ¿verdad? —Su voz, filtrada por el respirador, era apenas un susurro, pero sus ojos, fijos en el horizonte, más allá de los campos, de Artemisa, tenían una claridad nueva.

Isabel sonrió, una confianza genuina y profunda naciendo en su pecho. Apretó su hombro.

—Lo haremos, Carlos. Tenemos que hacerlo.

Miró a su alrededor. La factoría bullía. Cada androide Serie A que salía de la línea era una pequeña victoria. Cada sistema que Wenjie lograba poner en línea, cada pieza que Aníbal recuperaba o fabricaba, nos acercaba un paso más. El desafío era monumental: reparar los daños, reabastecer los almacenes con lo poco que Artemisa podía ofrecer en tan corto plazo, y preparar el Arca para un salto a lo desconocido antes de que los Oscuros convirtieran este mundo en cenizas.

Pero mientras escuchaba el pulso rítmico de la forja, el sonido de la esperanza renaciendo de las cenizas de la desesperación, una certeza se asentó en ella. Eran pocos, sí. El tiempo corría en su contra. Pero la semilla de la humanidad, testaruda y resiliente, aún no había dicho su última palabra. Y ellos serían sus jardineros, en el borde mismo del abismo. Sonrió, esta vez para ella misma, sintiendo el orgullo hinchar su pecho. Sí, lo conseguirían.